4549

GALERIA DRAMATICA MALAGUEÑA.

FARINELLI.

ZARZUELA HISTORICA

Y

EN VERSO.

3 actos.–2 actrices.–10 actores y Coros.



Precio 8 rs.

MÁLAGA 1855.

La Ilustracion Española, Calle Nueva, núm. 61.

GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA.

FARINELLI.

Zarzuela Histórica en tres actos,

LETRA DE

D. ANTONIO AFAN DE RIBERA.

MÚSICA DE

DON MARIANO VAZQUEZ.

Representada en el teatro Principal de Granada, el 10 de Febrero de este año.



Num. 10.

Precio 8 rs.

FEBRERO 1855.

Málaga: La Ilustracion Española, calle Nueva, núm. 61.

Esta zarzuela es propiedad de D. José Garcia Taboadela; quien llamará ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, sin recibir para ello la competente autorizacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Mayo de 1844, relativas á las propiedades, de las obras dramáticas.

Málaga: Imp. de D. Francisco Gil de Montes,
calle de Cinfería, núm. 3.

AL

Sr. D. Antonio M.ª Alvarez

Caballero de la inclita órden de S. Juan de Jerusalen, de la de Isabel la Católica, de la cruz y placa como nacional que acompañó al Gobierno en el sitio de Cadiz, etc., etc.

En prueba de respeto y cariño

El Autor.

PERSONAS.	ACTORES.
La Reina.	*D.ª Luisa Yañez.*
Preciosa.	*D.ª Eladia Aparicio.*
Farinelli.	*D. Eugenio Fernandez.*
Gil Perez.	*D. Francisco Fuentes.*
El Rey.	*D. Francisco Lumbreras.*
Nuñez.	*D. Eugenio Camino.*
Nino.	*Sr. Vilches.*
Cleofas.	*D. Genaro Pareja.*
El Capitan.	*Sr. Plá.*
El Alguacil.	*Sr. Valdivia*
Un centinela.	
Un criado.	

Ugieres, pages, centinelas, patrullas, damas y caballeros de la corte.

La escena es en Madrid: el primer acto en el Prado, los otros en los salones de Palacio.



ACTO PRIMERO.

El teatro representa parte del Prado: á la derecha hácia el fondo, un ala del palacio del rey con su pórtico de entrada. A la izquierda la puerta y ventanillo de una botica, con esta muestra. «Nuñez, boticario de Madrid.»

ESCENA I.

Al levantarse el telon, un centinela se pasea delante de la puerta del palacio; una patrulla aparece en la escena.

CORO.

Intrépidos velemos
guardando la ciudad;
y ahoguemos el tumulto
que dicen vá á estallar.

OFICIAL. En pos de los traidores,
soldados, á marchar,

606602

y ahuyente al enemigo
la bélica señal.

ESCENA II.

Cleofás *sale por la derecha observando los soldados que se alejan.*

CLEOFAS. Oiga! todavia patrullas!
esta es la décima octava
que ha pasado hace una hora:
creo que está sobre las armas
toda la tropa en Madrid;
una conmocion estalla,
y yo que todo lo sé
hoy no entiendo una palabra.
Digo! siendo yo Cleofá,
chocolatero de cámara;
por nuestra virgen de Atocha,
que esto denigra mi raza.
(*Llamando en el ventanillo*).
Vecino Nuñez, compadre;
habrá salido á la plaza
cuando no responde; justo:
aunque hay diferencia harta
en nuestra opinion política,
él me dirá lo que pasa.
Sí, que es la gaceta vieja
de la corte; no se escapa
á su vista perspicaz
ni la menor circunstancia
Justamente, ved cual sale
de palacio: pero ¡calla!
y él con el doctor Gil Perez
primer médico de cámara!
Volveré, que no me gusta
que se mezclen mis palabras,
con personas que defienden
causa á mi opinion contraria. (*Vase*).

ESCENA III.

Gil Perez y Nuñez.

GIL. Como os digo, amigo Nuñez,
seguireis suministrando
como de costumbre al rey
la pócima que he ordenado.
Ya sabeis, dósis calmante,
ópio, alcanfor...

NUÑEZ. Enterado
estoy ya, señor Gil Perez:
mas ¿no temeis?..

GIL. Boticario,
¿qué he de temer?

NUÑEZ. El efecto
de la pócima: yo alcanzo
que hay bastante con la dósis
para reducir á helado
no un corazon, sino toda
una escuadra de cosacos.

GIL. Silencio, maese Nuñez,
la reflecsion no es del caso:
obedeced sin chistar:
procede nuestro mandato (*En voz baja*)
de la santa inquisicion.
(*Ambos se descubren*).

NUÑEZ. (*Con terror*). Pues bien, obedezco y callo.

GIL. Corriente. Sois de los nuestros
y voy con franqueza á hablaros:
todo vá bien...

NUÑEZ. Sí?

GIL. Sabeis
que nuestro buen rey Fernando
está por su mal sufriendo
esos accesos estraños
de mal humor, melancólicos,
hipocondria, cual llamamos

los inteligentes.

NUÑEZ. Justo.

GIL. La enfermedad se ha agravado,
y hace un mes que sus progresos
son cada dia mas rápidos.
El rey de su habitacion
rehusa salir: encerrado
en un gabinete oscuro
con todos se muestra uraño,
y ni aun afeitarse quiere;
dá vergüenza el confesarlo,
pero es cierto, ni aun de ropa
se quiere mudar.

NUÑEZ. Es raro!

GIL. Mirad, mirad las ventanas
de ese palacio encantado,
ni luces, ni movimiento,
todo triste, solitario.

NUÑEZ. Esa es la causa, doctor,
de que haya circulado
por Madrid, la gran noticia
de que ha muerto el soberano.

GIL. Lo que es una estupidéz,
puesto que ese populacho
la dá en meterse conmigo,
y si por de dia salgo,
el mejor recibimiento
es tirarme pelotazos.

NUÑEZ. El pueblo siempre es ridículo.

GIL. Lo desprecio, amigo caro,
y solo salgo de noche
con unos cuantos criados.
Pero ya, gracias al cielo,
esto vá á tener un cambio;
las facultades del rey
se disminuyen por grados.

NUÑEZ. Es muy jóven todavia.

GIL. Bien lo sé; treinta y seis años,
mas la educacion... las penas...
Segun yo mismo he escuchado,

nuestros padres de la fé
esperan...
NUÑEZ. Otro?
GIL. Lejano
no está el dia, en que el monarca
á Cárlos quinto imitando,
deje la pompa del trono
para retirarse al claustro.
Entonces á la regencia
subirá...
NUÑEZ. Pues está claro;
la Reina Maria Teresa.
GIL. Os habeis equivocado:
será el infante Felipe
de nuestro monarca hermano.
Este si que es un buen príncipe,
muy devoto, y muy amado
de la santa Inquisicion,
que está su causa apoyando.
Vaya, seria gracioso
que fuéramos gobernados
por doña Maria Teresa
princesa de suelo estraño,
que nos llenaría la corte
de cantores italianos!
Nada, nada; peligroso
para España fuera el caso,
y á menos que el rey no tenga
hijos... Pero estoy soñando.
Yo afirmo no los tendrá.
NUÑEZ. Comprendo.
GIL. (Este boticario
es un hombre inteligente).
Conque, amigo, adios quedaos;
tengo que ir á la posada
de Andalucia, á ver si acaso
de mi sobrinita Inés
me trae razon el cosario.
En un convento de Cádiz
la puse, y allí le han dado

educacion, pero ella
hace cinco meses largos
que ni una carta me ha escrito.

NUÑEZ. No os dé por eso cuidado:
las muchachas... yo tambien
hácia la botica marcho
para preparar la pócima
que al rey habeis ordenado.

GIL. Corriente: y como ademas
se cita vuestro despacho
como paradero de
los curiosos de palacio,
no olvideis la orden del dia:
á don Felipe encomiarlo
hasta las nubes: decid
que es un patriarca, un santo;
pero tocante á *la* reina
hablad mal por todos lados

CANTO.

Duo

GIL. De nuestra consigna
siendo egecutor,
un hombre de Estado
haremos de vos.
Que ya don Felipe
órdenes me dió
y ama la farmacia
tanto como yo.

NUÑEZ. Doctor, de mi botica
disponga y mande
jarabes y raices
son del infante.
Y hay un ungüento
que para trapisondas
yo lo conservo.

GIL. El santo oficio

NUÑEZ. Vengan pues medicinas

de todas partes
os llamarán.
Tendreis el gusto
de recetar
frailes y monjas
en general.
Vended cada dia
en vuestra botica
al par de las drogas
noticias sin fin.
Así la política
revuelta en jarabe
se hará mas suave
para digerir.

que yo daré agua clara
para aumentar.
De júbilo me inflamo,
veréme pronto
con el mortero lleno
del buen metal.
Daré cada dia
en vuestra botica
al par de las drogas
noticias sin fin.
Así la política
revuelta en jarabe
se hará mas suave
para digerir.

Si se cumple mi esperanza
me veré yo gobernando,
y de la España guiando
con mano fuerte el timon.
Fortuna todo lo alcanza,
y si Esculapio me ayuda,
con la ciencia que me escuda
seré el rey de la nacion.

NUÑEZ. Si escapara de esta danza
mi fortuna haciendo rica,
juro á Dios que mi botica
será un nido del amor;
que continua la acechanza
de la hermosa irá delante
y los polvos de mi estante
serán fuego abrasador.

Hablado.

ESCENA IV.

Nuñez, *Cleofás*, agitado.

CLEOFAS. Ah! sois vos, vecino Nuñez?
NUÑEZ. El mismo: pero ¿qué os pasa

que venis tan agitado?

CLÉOFAS. Ay compañero del alma!
la monarquía se pierde:
la revolucion estalla.
(*Con terror*).
¡Estamos sobre un volcan!!

NUÑEZ. Hombre, me gusta la gracia.

CLEOFAS. Un movimiento terrible
nuestra cabeza amenaza.
Madrid todo anda revuelto:
se cuenta, aunque en voz muy baja,
que ha muerto el rey, y el infante
pretende salir á plaza,
y dando un golpe de mano,
pis, quedarse con la España.

NUÑEZ. Estais muy mal informado,
que tan solo en esta danza
el partido de la reina
es quien agita la trama;
lo sé de muy buena tinta:
mi sobrino Pedro Agarra,
el alguacil, esta noche
está puesto de emboscada
cerca de aqui, para hacer
se reconozca una casa,
donde deberá reunirse
el bando de la italiana.
(*Bajando la voz*).
Aun se añade que ella misma
vendrá para presenciarla.

CLEOFAS. Os engañais; tal noticia
es otra de las infamias
de vuestro doctor Gil Perez,
que asi el pueblo le pillara!...
Mata-vivos!... cuervo vil!...
asesino!..

NUÑEZ. Basta, basta!...
Por nuestra virgen de Atocha,
que no permito amenazas
contra él; toma sus drogas

en mi botica...

CLEOFAS. Pues nada
de acechanzas á la reina,
ó ha de haber mas que palabras,
que su augusto chocolate
es producto de mi fábrica.
(Se oye fuera un tumulto.)
Mas ¡qué voces! ¿qué será?
(Nuñez frotándose las manos).

NUÑEZ. Es el complot que ya estalla!

ESCENA V.

—

Los mismos y Pedro Agarra, *de alguacil que vendrá huyendo como de gente de dentro, y dice sin reparar en ellos y poniendo la vara delante de el.*

ALGUACIL. Favor, favor á la ronda!...
Socorro en nombre del rey!...
A la vara de la ley
no hay una voz que responda?

NUÑEZ. Sobrino!

ALGUACIL. Tio del alma!
atestiguar sin recorte
que á un alguacil de la corte
le han arrancado la palma.
Ved mi sayo ministril
convertido en balandrán.
Ya en la causa rezarán
las costas del alguacil!

NUÑEZ. Sosiégate y dí el motivo
de que estés tan demudado,

ALGUACIL. No es nada lo que ha pasado!...
dad gracia de que estoy vivo.

CLEOFAS. Pero cuenta la cuestion.

ALGUACIL. Voy allá: estaba encargado
por el ministro de Estado
de hacer una gran prision.
Su escelencia que no es manco

y aprecia mucho mis uñas,
me dió otros doce garduñas
armados de punta en blanco:
con tu gente rodearás
él me dijo, aquella casa:
entérate en lo que pasa
y luego me lo dirás.
Mas lo que doble interesa
es que estará en la reunion
dama de gran condicion,
y quiero se quede presa.
(*Nuñez bajo á* C*leofas*).

NUÑEZ. Entendeis ahora, querido?

ALGUACIL. Asambleas de conjurados
no permito en los estados.
Descuidad, sereis servido,
le contesté; y hacia allí
me dirijo con mi gente,
que dando diente con diente
iban de acá pora allí.
Lijero como un venablo
abro las puertas cerradas;
mas nos salen á estocadas
los conjurados del diablo,
y entre tajo y revés puro
sin aguardar á razones,
se huyeron los picarones
como diablos al conjuro.
Mi gente que en la refriega
como buena se ha portado,
á registrar ha empezado
primero por la bodega.

CLEOFAS. (Respiro, que allí estarán
largo rato.)

ALGUACIL. En cuanto á mí:
por bravo me han puesto así:
ellos me la pagarán.

CLEOFAS. Pero principia á llover.

ALGUACIL. Tio, recetadme un calmante:
un azumbre es lo bastante

á calmar mi padecer.

NUÑEZ. Vámonos hácia la tienda.
Adios, Cleofas. (*Vanse*).

CLEOFAS. Id con Dios.
¡que ninguno de los dos
la política comprenda!
Mas pensarlo es disparate
que nunca la entenderá.
Siempre diferiencia habrá
del jarabe al chocolate.

ESCENA VI.

Farinelli *tiene un paraguas abierto, llevando un bandolin á la espalda: dará el brazo á* Preciosa *que irá cargada con una pequeña valija.*

FARINELLI. Por fin ya hemos terminado
lo largo de este viage.

PRECIOSA. Sí, con un tiempo magnífico
y muy crecido equipage.
Pero que haces? no nos vamos?
no miras que está lloviendo?

FARINELLI. Deja salude á Madrid
lleno de entusiasmo inmenso.
Es poco, apenas chispéa,
al instante nos iremos.

CANTO.

Dulce patria encantadora,
salve, reina de Castilla,
ya en mi patria dulce brilla
la esperanza y el amor.
Fina arena, Prado hermoso
de las bellas el consuelo,
¡Oh, cuán dulce que es tu cielo
para el pobre trovador!
Salud, Madrid, soy tu cantor,

salud la patria del Trovador.

PRECIOSA. Esto es hecho, tú estás loco:
pues me gusta la manera
de tratar la compañera
que ha venido por tu amor!
Tú saludas las murallas,
yo me mojo mientras tanto:
¡oh, qué dicha! dulce encanto
es llover á mas mejor.
Ay de la lluvia, guárdela Dios,
ay, de la lluvia guárdeme Dios.

Hablado.

PRECIOSA. Basta de saludos, loco,
que hay que pensar lo primero
donde hemos de recoger
esta noche nuestros cuerpos.

FARINELLI. Dios mio! cara Preciosa,
qué espíritu antipoético
te dió la naturaleza?
ni de entusiasmo un momento
me puedo librar contigo!
Me presentas el recuerdo
de lo positivo, como
si fuera acaso tan bueno
para nosotros.

PRECIOSA. Peor
será si pierdes el tiempo
en hablar con las murallas.

FARINELLI. Bien, un abrigo busquemos;
creo que no nos faltará...
en teniendo, por supuesto
dinero para pagarlo...

PRECIOSA. Mas si quien tiene el dinero
eres tú...?

FARINELLI. Yo quien tenia
que hay diferencia en los tiempos.
Sabes que de nuestros ahorros
fuí nombrado tesorero:

pues bien, empleado fiel
rindo mis cuentas: empiezo.
Ayer estaba á mi cargo
todo el capital, compuesto
de doce reales... sí, doce:
pues señor, data: el almuerzo
dos, por la cena otros dos,
tres en la venta del Cuervo
por la comida de hoy,
que aunque es escesivo precio,
¿quién puede ahorrar si tú tienes
ahora un apetito inmenso
en la peor ocasion?

PRECIOSA. Todo es siete reales.

FARINELLI. Bueno,
y cinco mas que se han dado
al burro del arriero
por traernos hasta aquí,
hacen el total completo
de doce reales vellon.

PRECIOSA. Uno... dos... convengo en ello:
y queda?...

FARINELLI. Queda la bolsa (*Con gravedad*).
vacía, que yo presento
como tesorero fiel
á mi asociado en el crédito.
Eccola, mira qué leve!...
do quiera la lleva el viento.

PRECIOSA. Si, rie, que tiene gracia
para reir el suceso.

FARINELLI. Y quieres que eche á llorar?
Aunque rabie como un perro,
aumentará esto ni un real
en nuestra escarcela?

PRECIOSA. Bueno,
llora ó rie, igual me es;
pero formal te prevengo
que el hambre ya me acomete.

FARINELLI. Qué peticion tan á tiempo!
Seguramente esta niña

há un apetito soberbio
en la desgracia; hija mia,
para tales regodeos,
era preciso estuvieras
en tu célebre convento,
donde la madre priora
te mimaba hasta el estremo.

PRECIOSA. Y aun allí estaria metida,
y quizá por mucho tiempo,
si no vas á dirigir
la orquesta el dia de San Pedro
en la misa del patrono.

FARINELLI. Sí, sí, mucho que me acuerdo:
allí por primera vez
vi tus encantos perfectos.
Eras novicia, y cantamos
un himno de Pergolesso
juntos: ¡qué dulce armonía!
un transporte vivo, eléctrico
corrió por mi corazon
al escuchar tus acentos.

PRECIOSA. Tambien para mí del duo
fué simpático el efecto,
que halló acogida tu voz
en lo íntimo de mi pecho.

FARINELLI. Asi habia de suceder,
al escuchar con qué empeño
nuestras voces se reunian,
nuestros cuerpos pretendieron
hacer lo mismo, es bien claro:
por lo mismo al poco tiempo
desempeñabamos juntos
los dos papeles primeros
del teatro de Sevilla,
cantando entre aplauso inmenso.
¡Qué contraste! la novicia
Inés, se trocó al momento
en prima donna Preciosa:
transicion era de mérito,
pero al fin la vocacion

suplió la falta de tiempo.
Iba á unirnos para siempre
con sus lazos Himenéo,
cuando ocurrió á la priora
del malhadado convento,
que no se atrevió á decir
nada á tu tio del hecho,
escribir una denuncia
á la policía, haciendo
dejáramos á Sevilla
mas de prisa que quisiéramos.

PRECIOSA. Y sin tener tiempo alguno
de prevenir el suceso
al director del teatro,
que se estará dando á perros.
Nuestra pérdida le arruina.
¿Quien remplazará en su puesto
á don Cárlos Broschi?

FARINELLI. Raro
será, porque yo he resuelto
cambiar este ilustre nombre
por otro que viene á pelo.
Farinelli, en adelante
me he de llamar.

PRECIOSA. Yo convengo:
pero quieres esplicarme
dónde nos recogeremos?

FARINELLI. No te inquietes, vida mia:
en Madrid, que es lo primero,
estamos ya: somos jóvenes
y con bastante talento,
cosas ambas necesarias
para hacer fortuna y crédito.
Qué diablos!... dicen que esta
ha de esperarse durmiendo
á la luna...

PRECIOSA. Si, hijo mio,
pero no á la de mi pueblo.

FARINELLI. Tienes razon: voy á ver
si logro buscar á réditos

una habitacion capaz
de que podamos meternos.

PRECIOSA. Pues voy contigo.

FARINELLI. No tal,
suprime acompañamientos:
nunca con una muger
salen los tratos bien hechos.

PRECIOSA. Y así enmedio de la calle
me abandonas?

FARINELLI. No por cierto:
mira ese bravo soldado,
(Señalando al centinela de la puerta del palacio).
que parece que le han puesto
espresamente á que guarde
tu debilidad y secso.
Soldado, mi buen soldado,
señor soldado... sargento,
cabo... Pues no me responde.

PRECIOSA. Eh, quitate majadero;
estando de centinela...

FARINELL. Comprendo;
pero voy á conquistarle.
(Acercándosele).
De Marte retoño tierno;
como militar que sois
al débil contra el pequeño
marca muy bien la ordenanza
se proteja á todo evento:
iten mas, como español
galante, debeis de serlo
con las damas; por lo tanto
y sin referir mas méritos,
dejo á vuestra salvaguardia
de este cándido lucero
honor y virtud en junto,
que es lo que hay, y lo que dejo.
No te impacientes, Preciosa;
espera, que pronto vuelvo. *(Vase).*
(La noche aumenta por grados).

ESCENA VII.

—

Preciosa.

Nunca se apura el bien mio:
no le igualo en confianza:
solo tengo la esperanza
de irme á casa de mi tio.
Por hacerlo me decido...
Es médico de palacio
y puede...Vamos despacio
que es paso comprometido.
De verme se ha de alegrar...
soy su única parienta;
mas ha de pedirme cuenta
y yo no la quiero dar:
pues si digo lo que siento
de mi amante ha de apartarme,
y sin duda sepultarme
otra vez en el convento.
Y eso no, que entre rezar
y encerrada la persona,
prefiero ser prima donna:
me decido por cantar.

ESCENA VIII.

—

Preciosa, Farinelli, *una desconocida, oculto el rostro en el manto.* Farinelli *trae del brazo á la desconocida que marcha apresuradamente.*

FARINELLI. Tranquilizaos, señora, tranquilizaos.
DESCONOC. (Gracias a Dios, ya creo
que me he salvado).
PRECIOSA. (Pronto ha venido:
mas con una del brazo...
¡cielos, qué miro!)

DESCONOC. ¡Ah, señor caballero,
os doy mil gracias!
Un favor me prestásteis
que es de importancia.
PRECIOSA. (Bravo, magnífico!
pronto conocimientos
encontró el pícaro).
FARINELLI. No me direis el nombre
de la hermosura,
á quien prestara ausilio
por mi fortuna?
DESCONOC. (Noche bien triste!
me creo todavia
que me persiguen).
(Preciosa *pellizcando á* Farinelli.)
PRECIOSA. Que estás en mi presencia
repara, mónstruo.
FARINELLI. Sin que tú me lo digas
ya lo conozco.

Durante estas palabras la desconocida intenta entrar en palacio y dice el centinela.

CENTINELA. El santo y seña
para entrar en palacio.
DESCONOC. Paso á la reina.
A media voz y mostrándole el rostro.

ESCENA IX.

Farinelli, Preciosa.

CANTO.

FARINELLI. Pellizcos injustos
son estos, señora,
no ecsiste motivo,
no ecsiste no, no.

PRECIOSA. Ah monstruo! los celos
mi pecho devoran;
darete castigo
y pena y dolor.

A duo.

No, no, no, no.
Yo, yo, yo, yo.

PRECIOSA. En la tapada miro
niña buscona,
que á robar mi cariño
vá presurosa.
Mas por Dios santo,
que han de pagar mis celos
tú y la del manto.

FARINELLI. Modera tus enojos,
Preciosa mia,
que por la dama errante
nada me inspira.
Que eres tú sola
la luz de la esperanza
de quien te adora.

PRECIOSA. Bravo, bravo, embustes urdes
en menos de un santiamen;
mas con pláticas no aturdes
la que te conoce bien.

FARINELLI. Yo te juro, hermosa mia,
no hay motivo para celos,
que son vanos los recelos
donde anida solo amor.
Encubierta con el manto
esa dama se ocultara
y ni he visto de su cara
la mas mínima faccion.

PRECIOSA. No te creo ingrato amante,
ni me engañan tus acentos,
que mudables cual los vientos
son promesas del amor.
Mas si cuentas el relato
sin aumento de tu parte,
sabe pueda quizá darte
de tus culpas el perdon.

Hablado.

FARINELLI. Me pellizcas sin motivo:
ridiculéz.., esos celos
son absurdos, se ha marchado

y sin conseguir mi obgeto,
por tu culpa: por ti sola
esta protectora pierdo,
cuando iba á darme quizás...

PRECIOSA. Calla, no quiero saberlo.

FARINELLI. Si, encélate cuanto quieras:
ni la punta del cabello
la he visto.

PRECIOSA. Mas dime, ¿dónde
tuviste tan buen encuentro?

FARINELLI. Acababa de salir
de la casa de un barbero,
donde he dejado á guardar
nuestro equipage soberbio,
cuando oigo una confusion
de voces y juramentos.
Y miro á unos alguaciles
que en pos de unos encubiertos,
llevando en ristre las varas
pasan junto á mi corriendo.
Apenas me recobré
de la sorpresa, me veo
agarrada de mi brazo
una muger con un velo,
que trémula y agitada
me suplica que al momento
la conduzca hácia palacio,
pues corre su vida riesgo.
A la verdad, gran fatiga
no me costó sus deseos
cumplir: estaba á dos pasos,
y vinimos en un vuelo:
la dejé aquí, tú la has visto,
esta es la historia, y laus Deo.

PRECIOSA. ¿Y ella nada te ha dejado,
por do puedas en su tiempo
reconocerla?

FARINELLI. No, nada,
sino este guante: que al suelo
se le cayó en el tumulto

y que no pude volvérselo.
Míralo bien; es de lujo...
pero calle!... hay un letrero!
(*Preciosa lo toma*).

PREC. Son dos cifras, M. y T.
bordadas en oro.

FARI. Cuerno!
pues es una gran señora.

PREC. Muy grande debe de serlo,
pues me caben las dos manos.

FARI. Coquetuela, vamos, déjamelo,
(*Lo toma*).
y entretanto que á encontrar
la dama incógnita vuelvo,
te noticio que un albergue
para esta noche tenemos.
A la vuelta de esa calle
un escelente barbero
que al fin se aviene á fiarnos.

PREC. Nos fia? qué hombre tan bueno!

FARI. Pero es solo hasta mañana.

PREC. Pues ya ha dejado de serlo.

FARI. No le hace nada: ¿quién sabe
si mañana... el pensamiento
me dá que por este guante
nuestra dicha lograremos.
Pero ya tarde se hace,
y el viage ha sido molesto:
retírate á descansar,
anda, yo voy al momento.

PREC. Me abandonas otra vez?

FARI. Es preciso, aqui me quedo:
una vergüenza seria
que personas de talento
nos viéramos en la calle
por carecer de dinero.
Con que vé; alli está la casa
del rapista: anda, lucero,
no te aflijas: ¡qué diantre!
esta es la vida: nos vemos

hoy sin un cuarto, corriente...
mañana ricos seremos.
Vida de artista, es veleta
que juega con todos vientos.

PREC. No me hagas esperar mucho,
porque si no, te prevengo
me voy casa de mi tio.

FARI. Ni que pienses en hacerlo:
ten filosofia, pichona;
dentro de poco, nos hemos
de ver metidos en oro.

PREC. Dios quiera que salga cierto!

FARI. Allí está la tienda, vé...
(*Conduciéndola*).
sigue asi... todo derecho...
la que tiene las persianas
pintadas color de fuego.

ESCENA XI.

Farinelli.

Perfectamente! Es decir...
no vá tan perfectamente:
para salir del apuro
maldito si sé qué hacerme.
Sin protector en Madrid,
sin amigos... si pudiese
ver á la dama del guante...
al palacio pertenece
sin duda, y qué diablo!
bien pudiera concederme
cartas para el director
de la capilla del rey.
Oh! en situacion tan crítica
es forzoso que la encuentre:
pero ¿cómo penetrar
si media ese inconveniente?

ESCENA XII.

—

Farinelli, Gil Perez, *precedido de criados con antorchas.*

CRIADO. Plaza al doctor don Gil Perez,
primer médico de cámara.
FARI. El médico de palacio!
Una potencia es muy alta,
mas sin embargo de eso
voy á hablarle dos palabras.
Parando á Gil Perez *en el momento de ir á entrar en palacio.*
Deseo hablar á su escelencia.
GIL. (Me temo alguna acechanza).
Proseguid vuestro camino,
no llevo suelto.
FARI. Pues vaya!
¿por quién me tomais, señor?
Es una consulta rápida
la que he de haceros no mas,
y vuestro renombre y fama,
adquirido con razon
por vuestro amor á la patria,
me impulsa...
GIL. (Es un buen muchacho).
Dime, qué deseas? habla;
pero sé breve, que el rey
hace rato que me aguarda.
Qué tienes?
FARI. Ah, gran doctor!
mi enfermedad es muy mala.
Figuraos que tengo siempre
un apetito que espanta,
que bebo como un suizo,
y duermo diez horas largas.
GIL. Te estas burlando de mí?
Entonces no tienes nada...
FARI. Justamente, monseñor,

acertásteis con la causa:
mi enfermedad está aquí.
(*Señalándose el bolsillo*).

GIL. Ja, ja!.. me gusta la gracia!
En fin, quién sois?

FARI. Un artista,
monseñor, que toca y canta.

GIL. Un cantor?

FARI. Que ha hecho sus pruebas,
y espera de vuestra gracia
su proteccion, para entrar
en palacio.

GIL. Pues no es nada!...
Vaya un pícaro atrevido!...

FARI. Y que no podeis rehusarla:
la medicina y la música
son parientas muy cercanas.
Esculapio, hijo es de Apolo.

GIL. Histrion, aparta, aparta.

FARI. Qué ha dado á vuestra merced?

GIL. Agradece no te haga
apalear por insolente.

(*Hace seña á los criados que vayan adelante*).

FARI. Pero... (*Siguiéndole*).

GIL. Echad á ese canalla.

El doctor con su servidumbre entra en palacio: en el momento de aprocsimarse Farinelli *á la puerta, el centinela lo rechaza.*

ESCENA XIII

—

Farinelli *abatido.*

Estas personas no son
muy amigas de canciones;
no ablandan ya las razones
durezas del corazon!
No encuentro medio sencillo
para salir del apuro:

¿si me quedará algun duro
olvidado en el bolsillo?
(Registrándose).
No, nada... triste de mi!...
y á Inés que le di esperanza....
Vamos, calma, confianza,
pensemos qué hacer aqui.
Ah! bravo!... famosa idea!...
Este sitio es un primor,
y coliséo mejor
quiza en Madrid no se vea.
Vaya la vergüenza á un lado:
nadie me conoce... justo...
El público tendrá el gusto
de pagar, si es que le agrado.
(Van reuniéndose los coros).
A buen tiempo esos señores
llegan: la noche es divina;
templemos la bandolina
que acuden espectadores.
(Empieza el preludio).
Santo Orféo, patron del músico,
tú que enterneciste bestias
á influjo de tus acordes,
dame una parte pequeña,
para que haciendo lo mismo
encante yo sus orejas.

Canto final 1.°

Recitado.

A mi voz acudid, amigos de armonia,
canciones traigo de la patria mia.
El coro se reune y canta.
Un músico, qué dicha!
prestémosle atencion.
FARI. Esperad un momento, ya principio
dulce recuerdo de la tierna infancia,
que para el caso que me ocurre ahora

es toda una cancion de circunstancia.

CORO. Silencio, y oigan todos
la citada cancion.

FARI. Dulce al artista
le era la vida
en la florida
primera edad:
donde inocencia
pura y sublime
lanza en su rostro
luz celeslial.
Hoy solo siente
dolor profundo,
que huyó del mundo
la caridad.
¡Ay pobre artista!
solo en la tierra,
¿quiénes tus lágrimas
enjugaran?
Ah! que los tiempos pasados huyeron.

CORO. Brabo! brabo! que voz celestial!

FARI. Mis acentos sus pechos movieron.

CORO. Recompensa al talento hay que dar.

TODOS. Ah! que los tiempos pasados huyeron!
Lo que pasa jamás volverá:
mis acentos sus pechos movieron
recompensa al talento hay que dar.

Sigue la música: todos los coros arrojan monedas en el sombrero de Farinelli *y van á retirarse, cuando aparece por la puerta de palacio un oficial seguido de soldados.*

CANTO.

OFICIAL. En el nombre del rey
daos á prision.

Coros, *descubriéndose.*

En el nombre del rey...
¡pobre cantor!

FARI. En el nombre del rey
puesto en prision?

Ved, oficial, que esto
es un error.

OFICIAL. Calle el necio y no replique.

FARINELLI. Mas dejadme que me esplique.

OFICIAL. Hablareis en la prision.

FARINELLI. ¡Oh, Dios mio, en la prision!

OFICIAL. Seguid sin resistencia,
seguidnos por la ley,
que es fuerza cumplir pronto
las órdenes del rey.

CORO. Seguid á los soldados,
que tal mandato es ley,
y es fuerza respetemos
las órdenes del rey,

FARINELLI. Y Preciosa que me espera?....
Si un recado la digera....

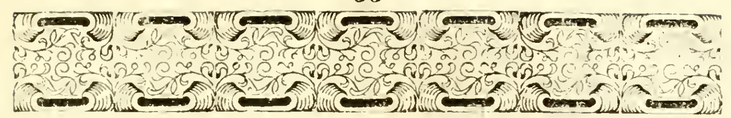
OFICIAL. La vereis en la prision.

FARINELLI. ¡Oh, Dios mio, en la prision!

TODOS. Seguid sin resistencia,
seguidnos por la ley,
que es fuerza respetemos
las órdenes del rey.

Los soldados conducen á Farinelli al palacio: los grupos se dispersan
Cae el telon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala de palacio con un gran balcon en el fondo, puertas laterales, una mesa y un sillon.

ESCENA I.

El Oficial, Gil Perez

Canto.

OFICIAL. Señor, vuestro permiso
esperan impacientes
un mil de pretendientes
á dar su memorial.
GIL Diablo, son cesantes
y el hambre los devora...
De audiencia es ya la hora,
que pasen, oficial.

El oficial sale y vuelve á entrar con el coro que viene vestido cada cual con el trage que representa.

El coro rodeando á Gil Perez.

CORO. Aquí solícitos,
doctor benéfico
están los tristes
hombres famélicos
que piden déseles,
conforme á méritos,
pues es justísimo,
colocacion.

GIL. (Doctor benéfico,
aquestos dícenme,
y cantos ásperos
si salgo tíranme:
juro á San Críspulo
dar en las cárceles
y en los patíbulos
colocacion.)
Digan, señores,
sin vacilar,
lo que pretende
su memorial:
que yo y el rey,
esto es igual,
ambos tenemos
mucha bondad.

CORO. Vamos ya
sin vacilar.

GIL. Claro está,
sin vacilar.

(El coro dando cada uno su memorial).

CORO. Yo pretendo una intendencia.
Y yo quiero ser togado.
Que se anule esta sentencia.
Que reconozcan mi grado.

SEÑORAS. Quiero ser gobernadora.
Que me paguen como es ley.
Que ajusticien al virey.
Que se arrastre á mi deudora.

GIL. Paso, paso! Que apostamos
que si siguen como vamos,

hasta el trono, si, hasta el trono
sin remedio han de querer?

CORO. Y sin tardanza,
caro doctor,
firme el monarca
mi pretension,
que á fieles súbditos
es de rigor
se les conceda
colocacion.

GIL. Sereis servidos:
Vaya ¡pues no!
tendreis muy alta
colocacion.
(*A el oficial aparte*).
En cuanto salgan,
ordeno yo
que habiten todos
la Inquisicion.
Que el bien del pueblo es mi ley.

CORO. Viva el rey!

GIL. Madrid fie en ambos á dos.

CORO. Si por Dios.

GIL. Eso está en vuestro interés.

CORO. Justo es.

GIL. Ah pobres simples!
Que prontos los cándidos
de su rey el amor los sugeta!
cada cual mis palabras respeta
y en la corte son humo no mas.

CORO. Ah!...
Conseguida ya está nuestra idea,
del doctor la palabra es precisa,
y si falta, una buena paliza
por vereda le tiene de entrar.
(*Vánse los coros*)

ESCENA II.

GIL. Ugieres, cerrad las puertas,
y que por ninguna causa
entre populacho alguno
de este palacio en las salas.
En los tiempos de revueltas
es medicina muy sana. (*Vanse los ugieres*).

ESCENA III.

Gil Peres, *sentándose*.

¡Válgame san Isidoro,
y qué carga tan atroz
es la mia! De palacio
soy camarero mayor,
y á mas médico de cámara
del mas enfermo ¡gran Dios!
de los monarcas del mundo;
y en qué bella situacion!
Ese populacho estúpido,
nunca á su rey demostró
tanto afecto como ahora
que está de la muerte en pos.
Mas vamos ecsaminando
tanta necia peticion:
¡ah! de los Benedictinos
me solita el prior
en presencia del monarca
predicar... ¡bien!... un sermon:
nos viene á pelo, este fraile,
lo hace que causa horror:
con él aterrará al rey...

al rey... que porque escuchó
cantar bajo sus ventanas
á ese italiano bufon
le ha mandado aquí llamar,
concediéndole el honor
de que habite en el palacio
como un cortesano.., ¡oh!
esto es impuro, ridículo...
yo le hablaré al confesor,
y que si no le despide
no le dé la absolucion.
(Desdoblando otra carta).
Una carta de Sevilla.
Del teatro el director
pide justicia, y se queja
de la infame desercion
que le han hecho de sus filas
la tiple con el tenor.
Son sus nombres, Cárlos Broschi,
y Preciosa... ¿Y qué haré yo?
Nada, dejarlos que sigan
en su peregrinacion.

ESCENA IV.

—

Gil Perez, Nuñez.

Nuñez amigo, decid,
¿qué sucede en la ciudad?
NUÑEZ. Una agitacion terrible
en el pueblo; pero ya
dichosamente ha calmado.
Con un valor sin igual,
el regimiento de Astorga
cargó á la canalla audáz.
Yo mismo he dado un ataque
al frente de una mitad.
GIL. ¡Vos, Nuñez? ¡un boticario!

NUÑEZ. Y por que no? Cuando está
en peligro el órden público,
y hay quien lo intenta turbar,
debe el que es buen ciudadano
sacrificarse á la paz.

GIL. Teneis razon: en los dias
de conmocion popular,
debieran los boticarios
ir en columna marcial.
¿Quienes mejor los calmantes
pudieran suministrar?

NUÑEZ. Dejaos de bromas, que serio
fué el motin hasta no mas,
y me temo se repita
esta tarde en la ciudad.

GIL. Y qué hemos de hacer? El rey
de negocios reusa hablar,
y de sus habitaciones
ninguno le arrancará.
Hoy es el aniversario
de su advenimiento al
trono, y yo me esperaba
que como hizo años atrás
hubiera ido á la iglesia
para el Te-Deum escuchar.
De este modo todo el pueblo
le veria en santa paz.

NUÑEZ. Y qué?

GIL. Que nuestras instancias
todas, se han ido á estrellar
en su augusta obstinacion:
si quisiera nada mas
que salir á la capilla
por esta sala, quizás
convencerlo lograríamos
de que se fuera á asomar
al balcon por un momento.

NUÑEZ. Y creeis lo reusará?

GIL. No lo creo; lo aseguro.

NUÑEZ. De esa manera, su mal

marcha en aumento.

GIL. Al contrario,
casi mejorado está.

NUÑEZ. De veras?

GIL. Las bufonadas
de ese músico fatal,
á quien ayer en su estancia
mandó introducir, le han
hecho tan grande impresion
que no se ocupa de mas.

NUÑEZ. Ahora recuerdo que dicen
tiene una voz celestial,
é hizo derramar lágrimas,
cantando, á su magestad.

GIL. Y tan gruesas como puños.
Mas he prevenido ya
ciertos medios, y el tunante
no ha de volver á pisar
los salones de palacio;
pues fuera á la facultad
esto un escarnio, una befa.

NUÑEZ. Y que esto anuncia ademas,
que á nuestro despecho goza
el rey sensibilidad.
Es asunto peligroso
ternura en situacion tal:
decíd, ¿creeis que á la reina
su favor le volverá?
Se cuenta que hace imposibles
por ver á su magestad,
y no conviene á las miras
de Don Felipe...

GIL. Es verdad.
¡Cuando calculo que anoche
la pudieron atrapar
conspirando en la reunion
de los condes del Peral!..
Estúpida policia!
Por dicha, para acabar,
medita la Inquisicion

una de las gordas,

NUÑEZ. Ya!

la Inquisicion?

GIL. Si, buen Nuñez:

este santo tribunal
se ha reunido, y contra ella
acaba de formular
una denuncia, acusándola
reo de lesa magestad.

NUÑEZ. ¡Divino! ¿Y esta denuncia...

GIL. Por mí colocada está
secretamente en la mesa
del rey, quien la ha de firmar
sin saber lo que contiene.

NUÑEZ. Perfectamente.

GIL. Callad:

oigo pasos... Es Ines
mi sobrinita; aquí está;
ayer os hablára de ella...
la del convento..

NUÑEZ. Cabal.

ESCENA V.

Dichos, Inés, *con los ojos bajos y el aire tímido.*

Qué aire tiene tan modesto!
La niña es preciosa alhaja.

GIL. Todo el aire de familia
conserva de nuestra raza.
Ella es mi vivo retrato...
cuando quince años contaba.

NUÑEZ. Sí, sí; ¡qué linda! Doctor,
¿y no pensais en casarla?

GIL. Imprudente farmacéutico,
meditad vuestras palabras,
no así alarmeis el pudor
de una virgen pura y casta.

Sabed que jamás ha visto
ella, una criatura humana
del género macho.

PRECIOSA. Cierto.
La priora me ordenaba
no mirar nunca á los hombres,
y en especial, si sus trazas
eran de jóven y guapo.

GIL. Por fortuna niña amada,
el señor es viejo y feo.
(Preciosa *alza los ojos y saluda á* Nuñez)
No os enfadeis por la chanza,
es para darle valor
y que os mire; conque vaya
dejadnos, os lo suplico;
tenemos materia larga
de que hablar Ines y yo.
A propósito, con maña
corretead á Madrid
y enteraos de lo que pasa:
estoy temblando de miedo!...
el populacho me espanta!

NUÑEZ. Bien, doctor: bien, Señorita,
beso con toda mi alma
sus lindas manos.

GIL. A ver,
qué galante es la farmacia!
Tambien ya los boticarios
con galanterías andan! (*Vase* Nuñez).

ESCENA VI.

—

Gil, Preciosa.

Dime, querida sobrina,
ya que estamos sin testigos
la causa de que te vea
á mi lado en este sitio.

Anoche no tuve tiempo
de preguntarte el motivo
que te ha obligado á dejar
el silencioso retiro.

PREC. (Primer interrogatorio
y el evitarlo es preciso;
echémosle una mentira
que lo deje confundido.)
Pues bien, señor, perdonad;
no me atreviera á decíroslo,
por miedo de que el relato
os pillara de improviso.
Pero en fin, os lo diré
puesto que estais prevenido.
Sabed que nuestro convento
que junto al mar está sito,
fué asaltado por piratas.

(Gil *dice vivamente*).

GIL. Berberiscos?

PRECIOSA. Berberiscos.

GIL. Qué es lo que me cuentas?

PRECIOSA. Si. (*Con gran misterio*).
Media noche era por filo.
Entre su oscuro capuz
todo estaba sumergido,
y acullá ronca una monja
y allá rechina un mosquito.
De pronto... ¡Jesus, que horror!
mil... cuatro mil... cien mil! pícaros
se cuelan sin avisar
en nuestro sagrado asilo.

GIL. Comprendo... ¡Qué horror! ¡que infamia!

PREC. Decian con regocijo,
que éramos la mercancia
que se vende con mas brillo
en su malvado pais...

GIL. ¿Se atrevieron á deciros
que os iban á arrebatar?

PREC. Lo hicieron, que dá lo mismo.

GIL. Jesus!

PREC. Con todo el convento
han cargado: gacias, tio,
que yo me pude escapar...
GIL. ¿Y se llevaron los pillos
tambien la madre priora?
PREC. No le valieron sus gritos.
Ya estará doña Euduvigis
cuidando los berberiscos.
GIL. Qué vergüenza! Cien medidas
tomaré para el castigo
de esos viles. Mas supuesto
que escapaste sin perjuicio,
sé bien venida, sobrina:
yo disfruto en estos sitios
de gran favor; para tí
solicitaré al ministro
la plaza de camarera
de la reina.
PREC. Pero tio,
dama de honor, es empleo
de muy difícil servicio.
GIL. Al contrario, es seductor.
Con el respeto debido
seguir siempre á su señora
en todas partes, el vivo
gusto de verla comer
con poco ó mucho apetito,
y en fin, hacerla dormir
con los encantos divinos
de buena conversacion.
PREC. Cuántos placeres, Dios mio!
lo mismo que en el convento
es eso de divertido.
GIL. Si, si, mucho; sobre todo
hay tambien el atractivo
que en todos los dias del año
se ha de hacer siempre lo mismo.
PREC. Por variar?
GIL. Vamos, calla.
A ver al rey es preciso

que entre ahora: tú me aguardas
en este lugar.

PREC. Admito.

GIL. Cuando vuelva, haré á la reina
tu presentacion.

PREC. Bien, tio,

(*Vase Gil*).

ESCENA VII.

Preciosa.

¡Victoria, victoria! Ya
he ganado la batalla,
y de mi muy digno tio
he conquistado la gracia.
Preciosa, la prima donna,
la cómica ha una semana
haciendo la niña boba
y la monja mogigata:
no es muy fácil el papel
sinó se está acostumbrada.
Oh! Pero mi Farinelli.
dónde estará? Su tardanza
en ir á la barberia
donde me dejó alojada,
hizo saliera á buscar
de mi pariente la casa.
Sin embargo... un no sé que
me dice que en estas salas
he de hallarle. ¡Qué contento
que mi tio tenga tanta
opinion! Le buscaré,
le querré con toda mi alma,
y no será el primer hombre
que su fortuna lográra
por el cariño sincero
de su esposa ó de su dama.

CANTO.

Romanza.

La flor que el aire
do quiera mece,
rápida crece
y ecsala olor.
Si entre sus hojas
pura ilumina
la luz divina,
la luz del sol.
Así en el pecho
do amor anida,
doble es la vida
doble el placer.
Que son amores
á los amantes
soles brillantes
de amor y bien.
La vida es el amor,
corramos tras de él,
que es solo del dolor
el bálsamo mas fiel.
Hablado.

ESCENA VIII.

—

Preciosa, Farinelli.

FARI. (*Dentro*) Dejadme entrar: os repito
que á Palacio pertenezco.

PREC. Que oigo! esta voz... sí... no hay duda...
es mi amante. Y qué bien puesto!
¿Por qué dichoso motivo
se halla aquí? No doy en ello.
Degémosle pues entrar,

que él esplicará el suceso.
(*Se retira á un lado y sale* Farinelli).

FARI. Palabra de honor, que estoy
aturdido, casi loco!
Al aposento del rey
subir de enmedio del lodo
de la plaza, y además
equiparme de este modo!...
Vaya, si esto desvanece!...
Con trage tan primoroso,
soy capaz de enamorar
en cuanto me vean el rostro,
no á las damas de la corte,
sino todas las del globo.

CANTO.

PREC. Egem, egem. (*Tosiendo*).
FARI. Pues calle
ya sale una;
no me dirán que tengo
mala fortuna.
Paso adelante,
noticias pedirele
de la del guante.
(*Se aprocsima y saluda á* Preciosa *muchas veces: esta le contesta, ocultando el rostro con el abanico*).
PREC. Buscais algo, caballero?
FARI. Si señora, ó señorita,
busco una jóven bonita
de rostro y garbo hechicero.
PREC. Mas decid, como se llama?
FARI. Por desgracia yo le ignoro;
solo sé que es como un oro.
PREC. (Pues señor, á cuantas ama?)
FARI. Gentil donosura
de mano cual nieve,
y el talle mas breve
que cabe en cintura.
Un pérfido manto

cubriera su encanto,
mas ¡ay! que mi alma
perdida la calma
suspira de amor.

PREC. (Traidor, traidor).

FARI Do quier busco su hermosura,
porque anhela el pecho mio,
en su amante desvario,
proseguir tal aventura.

PREC. Con que la amais?

FARI. Pudiera ser.

PREC. No quereis otra?

FARI. Siendo muger
yo las amo, que son ellas
los luceros, las estrellas
que dan vida al corazon.

PREC. Calla, calla, no prosigas,
no me gusta que lo digas.
Me conoces, dí, traidor?
(*Dándole un golpe con el abanico*).

FARI. ¡En palacio mi Preciosa!

PREC. Y tú en busca de otra hermosa?

FARI. Pero cuenta...

PREC. Pero dí...

FARI. Eso no, te toca á tí.

PREC. Mi fortuna es una historia.

FARI. Y la mia es un romance.

PREC. No comprendo de este lance
olvidado has mi memoria.

FARI. No por Dios.

PREC. Sí por traidor.

FARI. No te apures, vida mia;
si otra amante recordára,
es que de ella me pensára
alcanzar la proteccion.
Pero nunca tu memoria
olvidé, cara Preciosa,
que te quiero como á esposa
el amante trovador.

PREC. (De mi amante el dulce acento

ya penetra el corazon).
Ven, recibe en el momento
en mis brazos el perdon.

A DUO.

Juntos latieron dos pechos
impulsados por amor;
si hoy fortuna los reune
nunca mas separacion.
La vida es el amor,
corramos tras de él
que es solo del dolor
el bálsamo mas fiel.

Hablado.

PREC. Pues te diré, Cárlos mio,
que viendo tarda tu vuelta,
y sola y abandonada
en la casa de un cualquiera,
tomé por mejor partido
el de buscar la vivienda
de mi tio, que es del rey
primer médico.
FARI. Qué idea!
Yo anoche despues de darte
de a quel barbero las señas,
me puse en la plaza publica
á tocar; de esta manera
pensaba reunir los cuartos
que tan precisos nos eran.
Haciéndolo estaba, cuando
de pronto la guardia llega
y me conduce...
PREC. En prision?
FARI. No, del rey á la presencia.
PREC. Del rey?
FARI. Sí, su magestad
estaba como en tinieblas

en un gabinete oscuro,
sombrío: causaba pena
verle allí tan solitario.
Canta, me dijo en voz hueca:
y yo, que tan buenas ganas
de hacerlo tenia, trémula
la voz el cantar no quiso...
Mas luego cobrando fuerza
canto una romanza, luego
otras dos, y á la manera
que el sol con su luz diáfana
vá disipando la niebla,
mi voz de su magestad
desvanecia la tristeza.
Las lágrimas del placer
por sus mejillas corrieran,
y el generoso monarca,
para quien será eterna
mi gratitud, me nombró
por director de la orquesta
de su capilla real,
dándome á mas estas letras
escritas de su real puño,
que trocadas en moneda
valen como dos mil pesos
en el tesoro...

PREC. A ver, vengan. (*Lee*).
«En el nombre de la santa
Inquisicion...»

FARI. Majadera,
que estás leyendo?...
(*Le quita el papel y lee*).

«En el nombre de la santa Inquisicion, la reina »Maria Teresa es denunciada ante el rey por ha- »ber conspirado contra la iglesia y la seguridad »del Estado, y por estas razones pedimos su des- »tierro.»

¡Jesus!..
y que burla tan tremenda!
(*Volviendo el papel*).

«Orden de pagar al maestro Farinelli la suma
«de dos mil pesos.»
Ya está aquí la esplicacion.

PREC. Mas, como esto sucediera?

FARI. Qué se yo? Su magestad
tomaria de la mesa
para escribir, lo primero
que á las manos le viniera.

PREC. Pues tuvo buen tropezon!
Y que hemos de hacer?

FARI. Cautela,
y colocar en su sitio
este papel.

PREC. Pobre reina!
Mal rato le van á dar:
dicen todos que es tan buena...

FARI. Y además, es italiana
mi compatriota, quisiera
averiguar el motivo
porqué de aquí la destierran.
Oh! hierve sangre italiana
con fuego en todas mis venas,
y moriria gustoso
si salvarla consiguiera.
Como lograra coger
un cabo de esta madeja,
pronto habia de devanar
hilo á hilo la madeja.

PREC. Bella ilusion, Carlos mio!
La política condena,
y olvidando lo pasado
tu vista al porvenir vuelva.

FARI. El porvenir, cara Ines,
es la música, las fiestas,
el teatro, y por final
la bendicion de la iglesia
sobre dos almas, que el cielo
para siempre las uniera.

PREC Sí, sí, vida mia, juntos
por toda la vida! Ea,

prudencia y perseverancia.
Silencio, mi tio llega.

ESCENA IX.

—

Dichos, Gil Perez, *saliendo del aposento del rey hablando consigo.*

GIL. Podrá ninguno esplicarme
este capricho del rey
por ese insulso cantor?
Es ya la tercera vez
que me ha preguntado en menos
de un cuarto de hora: crée
que su voz le alivia en mucho
de su triste padecer.
Yo le he dicho que ha partido
y no volverá...
(*Reparando á* Farinelli).
Aquí él!...
y solo con mi sobrina!...
(A *Inés*)
Me lisongeo de que
ese truhán ni siquiera
te habrá hablado.
PREC. Claro es!...
Pudiera, querido tio,
con gentes de su jaéz
hablar yo?
GIL. Lo creo, Sobrina.
(Despedirlo es menester
al momento). Caro amigo...
FARI. Monseñor...
GIL. Basta. Sabed
como nuestro buen monarca
me encarga gracias os dé,
y que en prueba de su agrado...
FARI. Mi fortuna marcha bien. (A *Preciosa*).

GIL. Os diga es encantadora
vuestra voz...

FARI. No mas...

GIL. Y que...
os despide en el instante.

FARINELLI. Despedirme?... voto á cien!...

GIL. Asegurándoos en cambio
su admiracion como rey.

PREC. De este modo es como subes?
(A *Farinelli*).

FARINELLI. Oh! no lo puedo creer!
Su emocion al escucharme,
sus lágrimas...

GIL. Así pues,
adios, mi querido amigo:
y decir no os olvideis
á toda la poblacion,
el celebrado placer
de haber cantado al monarca
Así los convenceré
no está difunto.

FARI. Preciosa,
yo no lo puedo creer.
Porque desea me vaya,
si puedo, me quedaré.

GIL. No me entendeis?

FARI. Si señor.
Adios grandeza, adios pues
dinero... honor.. esperanza..
(*Con alegria*).
El bandolin tomaré,
no vaya á perderlo todo.

GIL Silencio, viene un ugier.

ESCENA X.

Dichos, la reina, damas y un Ugier, caballeros y pages.

UGIER. La reina.
GIL. Marchaos pronto. (*A Farinelli*).
FARI. Ya me voy.
(*Viendo entrar á la reina y damas se queda á un lado*).
Quédome pues.
(*La reina se coloca en un sillon: á sus lados pages, caballeros y damas de la corte.* Gil Perez *toma la mano de* Preciosa *y la presenta á la reina.*
GIL. Permitid, reina y señora,
que á mi sobrina os presente,
y desde luego la cuente
por su humilde servidora.
El rey se dignó mandar,
dispensándome favor,
que como dama de honor
pudiera en palacio estar.
REINA. Gracias por oferta tal:
la jóven es hechicera...
GIL. Vuestra magestad pondera...
REINA. (Qué situacion tan fatal
es la mia! Verme obligada
á vivir disimulando,
de todos desconfiando
y nunca de nadie amada.
De mi enemigo ha de ser
la niña cruel egemplo).
FARI. (Si mientras mas la contemplo,
mas la creo reconocer.
Ese talle... esa figura...)
REINA. Mas donde está ese cantor
que ha mitigado el dolor
del rey con su donosura?
GIL. Se fué.

PREC. Vedlo aqui, señora.
GIL. Aquí todavia, cielo!
REINA. Acercaos sin recelo.
La reina tambien deudora
es al artista italiano
que ha calmado con su acento
de un esposo el sufrimiento:
ella os dá á besar su mano.

(*Tiende su mano cubierta con guante á* Farinelli *que pone una rodilla en tierra para besarla; quien parece estupefacto al reconocer el bordado de oro del guante de la reina*).

FARI. (Gran Dios!... Es la cifra!...)
REINA. Hablad. (*Bajo*).
FARI. Señora, este guante...
REINA. Y bien?...

Farinellli *sacando del pecho el guante del acto primero.*

FARI. Es igual á este tambien.
REINA. Hácia un lado despejad.

A la servidumbre que se retira escepto el doctor.

GIL. Apártese. (A *Farinelli*).
FARI. No, doctor,
hacedlo vos.
GIL. ¡Yo, bergante!
REINA. Si; quiero hablar un instante
á solas con el cantor.

Gil Perez *se retira estupefacto y saludando.*

FARI. Señora, en la plaza ayer
este guante... (*A media voz*).
REINA. No comprendo... (*Turbada*).
FARI. Señora, ¿que estais diciendo?
REINA. Callad, me vais á perder.
(Farinelli *con viveza*).
FARI. Comprendo que aqui metida
en un cerco de traiciones,
veais todos los corazones
por una misma medida.
Sin embargo, os amenaza
un peligro: mi interés
salvar vuestra vida es
como lo hiciera en la plaza.

En vuestra patria nací...
baste este título solo;
no ha ecsistido jamás dolo
en el que se alberga aquí. (*Señalando al corazon*)

REINA. Tiempo hace que no escuché
una voz consoladora,
mas...

(Farinelli *viendo que se acerca el Doctor*).

FARI. Nos observan, señora.
(*Alto.*)
Lo que gusteis cantaré;
balada, trova ó cancion...

REINA. Para cumplir como es ley,
cantad la misma que al rey.

GIL. (Qué le diría el bufon?..)

FARI. Escuche su magestad:
una barcarola es
quizá de algun interés.

REINA. Pronto, maestro, cantad.

CANTO.

Barcarola.

FARI. Con la furia de las olas
y alejada de la orilla,
lucha en vano una barquilla
de las aguas el raudal.
Mojando sus banderolas
el viento agitado brama,
al par que espumas derrama
que son nubes de cristal.
Pobre barca, que navega
sin tener timon ni guia:
solo en la suerte confia,
mala suerte es la del mar.
Tu destino triste ha sido
que no hallaste marinero
que con brazo activo y fiero
la sepa al puerto guiar.

Sin embargo,
confianza
y esperanza
hasta acabar;
que hay un brazo,
yo lo juro,
que seguro
la guiará.

(*Cesa el canto, sigue la orquesta, la reina dice con emocion*).

REINA. Qué he de creer?... Este hombre
habla un lenguaje tan nuevo,
tan insinuante... Ah!...
(*Se dirige á* Farinelli).
Si por servidor os creo,
alguna notable prenda
me dareis de vuestro celo?

FARI. Una prenda? Vedla aqui...
(*Alzando la voz viendo que el Doctor los observa*).
El doctor.—Quereis el verso
conservar de la cancion?
Aquí se encuentra en efecto.

Le dá la denuncia del santo oficio, y continúa cantando mientras lee la reina.

Canto.

Para escapar del naufragio
que amenaza á la barquilla,
valiente, y fiel sobre todo.
un guia se necesita.
El temporal fuerte arrecia,
el puerto lejos se mira;
aceptad el marinero
que él camina hácia la orilla.

Cesa el canto y la reina le dice á media voz.

REINA. La Inquisicion! Me horroriza
la infamia que estoy leyendo!
Decid, de donde proviene
un escrito tan perverso?

FARI. Me lo entregó el soberano,

y afirmo que sin leerlo.
Ved aquí... *(Le vuelve el papel).*
Este es un bono.

RENIA. Qué servicio me habeis hecho!
(En voz alta y serenándose de pronto).
Es imposible cantar
mejor, querido maestro!
Sumamente satisfecha
estoy de vuestro talento,
y por lo tanto dispongo
en prueba de real aprecio,
se os admita en mi servicio
en calidad de maestro
de capilla.

FARI. De capilla!

GIL. Señora, lo que habeis hecho
lo murmurará la corte.

REINA. Bien puede á su antojo hacerlo,
aunque esta siempre dirá
lo que la reina.

GIL. Bien, pero...
es una gracia escesiva.

REINA. Doctor Gil Perez, silencio.
Esta orden en nada toca
los intereses del reino;
y lo que mando en palacio,
vos callad, y obedecedlo.
Sois de mi esposo y señor
mayordomo camarero:
por tanto, pues, á firmar
á Farinelli el decreto
de su dignidad.-Señores,
vámonos á mi aposento.-
Hasta despues, jóven bella:
hasta despues, mi maestro
de capilla.
(Vase con todo su séquito).

GIL. Yo estoy lelo.

ESCENA XI.

Gil, Preciosa, Farinelli.

FARI. Vamos al punto, doctor,
camarera ó camarero:
entregadme sin tardanza
la credencial de mi empleo.
GIL. Habrá bufon mas tenáz...
Y que no hay otro remedio
que obedecer á la reina.
Por vida!...
FARI. Doctor, que tengo
mucha prisa: escribid vos
que yo notaré. Comienzo.
«Su magestad en vista de sus buenos anteceden-
»tes, ha venido en nombrar para la plaza de maes-
»tro de capilla al Signor Cárlos Broschi, álias
»Farinelli.»
(Gil *vivamente*).
GIL. Vos os llamais Cárlos Broschi?
Qué decís? Será esto cierto!
FARI. Sin duda.
GIL. Ex-cómico del
teatro de Sevilla! Bueno!
PREC. (Qué significa!..)
FARI. (¿Por dónde
se habrá enterado de esto?)
GIL. Del director del teatro
aquí una prueba conservo
en toda regla, causada
por fuga de sus primeros
actores, don Cárlos Broschi
y Preciosa... bien recuerdo.
FARI. Pecador de mí! Otra vez
la suerte me baja al suelo.
GIL. Ved el auto de prision

que está en forma legal puesto.
Oh! es preciso que entere
á la reina del suceso:
no es justo que un histrion
ocupe en palacio un puesto.
Yo simple doctor, de fijo,
tendria por muy á menos,
con semejante pareja
rozarme en lo mas pequeño.

PREC. Eso decís, caro tio?
Pues es preciso tenerlo
y mas de lo que pensaís.
Ya que Farinelli ha vuelto
dejando esta vida triste
donde le llama su mérito
con públicas ovaciones,
yo quiero seguir su egemplo.
No mas secretos ya, tio:
en mí á Preciosa estais viendo.

GIL. Tú cómica!... Mi sobrina!...

FARI. Ese es un rasgo soberbio
de artista: ¡bravo, Ines mia!
Unidos en todos tiempos,
corramos pues la desgracia
como la suerte.

GIL. Yo muero!..
Estoy deshonrado!... ¿Cómica
mi única sobrina!...

FARI. Cierto.

GIL. En tí, bufon miserable
he de hacer un escarmiento.
Corro... *Se oye ruido fuera.*
Qué ruido?... Hácia aquí
Mirando á donde se fué la reina.
la reina viene corriendo.

ESCENA XII.

Dichos, la reina agitada, y damas.

REINA. Me esplicareis, caballero,
qué es lo que en el pueblo pasa!
A las puertas de palacio
se agolpa y quiere forzarlas.

GIL. Yo estoy confuso, señora:
esto ha de ser por las trazas,
algun horrible tumulto
que en contra la ley estalla.

REINA. Bien, doctor: llegó el momento
de que probeis al monarca
todo ese afecto.

GIL. Señora,
mi vida en riesgo se halla:
El pueblo está muy furioso:
para volverle la calma
era preciso que el rey
en el balcon se asomara.

REINA. Y quién podrá conseguir
que de su aposento salga?

GIL. Nadie, señora: hace un mes
rensa abandonar su estancia,
y en esto vá la cabeza,
que el pueblo por verle clama.

REINA. Pues bien, resuelta me hallo:
para salvar al monarca,
arriesgaré hasta mi vida
penetrando en su real cámara.
Su cólera arrostraré,
y puede que con mis lágrimas
me vuelva su amor el rey
y un buen gobierno á la España.
(*Vase con las damas*).

ESCENA XIII.

Inés, Gil, Farinelli, *y un* oficial *que entra precipitadamente.*

OFICIAL. Estais perdido, doctor,
os lo digo con franqueza:
el pueblo vuestra cabeza
pidiendo está con furor.
Se os acusa de la muerte
del monarca y... oid sus gritos.
PUEBLO. (*Dentro*). Muera Gil Perez!
GIL. Malditos!
Pues me aguarda buena suerte!
FARI. Hablad al pueblo; quizá
escuche vuestras razones.
PUEBLO. (*Dentro.*). Muera Gil Perez!
FARI. Bribones!
PREC. ¿Que es lo que aquí pasará?...
GIL. Qué horrorosa situacion!...
al populacho arengar...
de rabia voy á estallar!
Se aprocsima temblando al balcon del fondo y los gritos se redoblan: hace gestos para reclamar silencio y no le escuchan.
Reclamo vuestra atencion,
amigos mios: el estado
del monarca...
UNA VOZ. Afuera, afuera,
que muera el doctor!
PUEBLO. Que muera!
(*Le arrojan piedras y viene condoliéndose de un ojo*).
GIL. Caníbales!... me han matado!
FARI. Eso no es nada, ya tuerto
os dejan para empezar:
todavia han de acabar
con el que teneis abierto.

ESCENA XIV.

Dichos, la **Reina**, damas *y séquito: la* **Reina** *entra pálida y vivamente.*

REINA. De mi esposo el aposento
está del todo cerrado:
no pude entrar, y he llamado,
mas salió vano mi intento...
GIL. Qué escucho!
PRECIOSA. No hay manera de arrostrar.
REINA. ¿Y quién nos irá á salvar
de este peligro?
FARI. Yo voy.
(*Al oficial*). Corred sin mas dilacion,
ó instrumento de la ley,
decid al pueblo que el rey
se mostrará en el balcon. (*Vase el oficial*).
REINA. Pero cual es vuestro intento?
FARI. Volver al pueblo la calma,
que siento dentro del alma
un sublime pensamiento.
Para todos es el bien,
señora, y todos en pos
pedid que me escuche Dios,
y que el rey me oiga tambien.
(**Farinelli** *se aprocsima á la puerta del departemento del rey, que estará cerrada: parece recapacitar un momento y por último canta acompañándole una música suave.*
Ah! este canto nacional...
Probemos.

CANTO.

Andalucia
patria de amores,
cuna de flores,
voy á partir.

Adios mi bella,
tierra lejana,
do honor me llama
tengo de ir.

Al dejar su encumbrado castillo
asi el Cid sus pesares cantaba,
y á Jimena el adios enviaba
de las auras al vago rumor.

Andalucia
patria de amores,
cuna de flores,
voy á partir.
Adios mi bella,
tierra lejana,
do honor me llama
tengo de ir.

(*Despues de cantar*, Farinelli *escucha atento en el cuarto del rey*)

REINA. Dios mio, nada se alcanza!...
Huyó todo mi consuelo...

FARI. Señora, en nombre del cielo,
no perdamos la esperanza.

(*Se aprocsima á la puerta del rey: durante estas palabras, la música habrá seguido muy piano.*

CANTO.

Mas del moro el alfange sangriento
en sus tropas se ceba altanero,
y cautivo se vé al caballero
de la España la gloria y honor.

En este momento la puerta del rey se abre: Farinelli *hace un gesto de alegria y continúa su canto muy bajo y con espresion.*

Andalucia
cuna de flores,
patria de amores,
voy á partir.
Adios mi bella,
tierra lejana,
do honor me llama
tengo de ir.

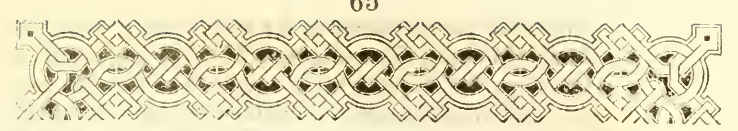
Coro piano..

Del asombro.
el pecho gime,
qué sublime
es el cantor!

Durante esta última cancion ó estribillo, el rey pálido y con los vestidos en desórden sale lentamente de su aposento, como atraido por la voz de Farinelli: *parece sumido en una profunda meditacion y no repara en lo que pasa en su alrededor.* Farinelli *yendo atrás paso á paso, le conduce al balcon atraido por el canto. Al asomarse el rey los gritos de* «Viva el Rey» *estallan por todas partes. Este se lleva la mano al corazon, mientras los otros personages se agrupan diversamente.*

(*Cae el telon*).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

El teatro representa un gabinete de artista amueblado al estilo del renacimiento, que sirve de sala de estudio á Farinelli: *instrumentos de música, partituras, &c. Puerta en el fondo: á la izquierda otra que dá á un gabinete: á la derecha una ventana, y á su lado una puerta cubierta con una cortina colorada. En la escena y á la izquierda una pequeña mesa con recado de escribir rodeada con un biombo que la dejará descubierta á los espectadores; pero que no se percibe desde la puerta del fondo. A otro lado un gran sillon.*

ESCENA I.

Farinelli, *Sentado junta a la mesa, y acaba de escribir una carta.*

FARI. Tuyo por toda la vida
tu Farinelli.—Esto es hecho.
Pero veamos siquiera
lo que escribo en este pliego.
«Mi querida Preciosa: te escribo por la décima vez, »temiendo que sufra esta el destino de las demás á »que no he tenido contestacion. Hace ya mas de un »mes que estamos separados, y este tiempo ha sido

»suficiente para cambiar la faz de las cosas. Desde el »memorable dia que obligando al rey á mostrarse al »pueblo, salvé la monarquía con una cancion, mi cré»dito parecia asegurado. Alojado en palacio, aquí me »hallo á pesar de los esfuerzos de la Inquisicion que »está alarmada de este favor del rey. Los ministros »cambian á cada momento, y todo me hace presagiar »una desgracia inevitable. Facilmente me consoloria »de ello; porque sabes no soy ambicioso: mas la rei»na me detiene, y no pierdo la esperanza de reunirla á »su esposo. Adios querida amiga: no sé como dirigir»te esta, pero confio en que pronto descubriré el re»tiro en que tu tio te tiene encerrada. Tuyo etc.»

Está bien: yo fuera un simple
en malgastar aquí el tiempo,
puesto que ya son inútiles
mi garganta y mi talento.
Voto vá! que de la España
triunfe ese bando perverso,
y la desgarre y la oprima,
á mí. . no me importa un bledo!

ESCENA II.

Farinelli, Nino.

Nino *entra por el fondo con varios paquetes, y uno figurando bomba de pólvora.*

Eres tú, Nino?...
NINO. Yo soy.
FARI. Y en qué te has tardado tanto?
NINO. Señor, por ninguna calle
hoy se puede dar un paso:
la plaza de la cebada
de gente se vá llenando,
porque van las procesiones
á reunirse de aquí un rato.
FARI. Sí, para el auto de fé,

que es un soberbio espectáculo
con que quieren festejar
al monarca: pero al grano.
Traes noticias de Preciosa?

NINO. Todo está ya averiguado.
Su tio el señor Gil Perez,
la ha sepultado en el claustro.

FARI. En un convento? Y en cual?

NINO. Toma, en cual! Ese es el caso:
en cualquiera! no es lo mismo?
fácil será el encontrarlo,
pues que solo hay en Madrid
doscientos sesenta y cuatro.

FARI. Vaya una salida! Nino,
tú eres un solemne bárbaro!
Pero á ver... que traes ahí?

NINO. Accesorios del teatro:
hoy se estrena vuestra ópera;
y...

FARI. Está todo preparado?

NINO. Todo se encuentra corriente.

FARI. Bien: pues entonces veamos.
Es «el sitio de Granada»
mi mejor obra, y el caso
requiere que lo ecsamine
todo con sumo cuidado.

NINO. Si señor, mirad la barba
de Boabdil, estos dos cascos,
tres colas del estandarte
del Profeta: aquí hay un tarro
de blanquillo para el rostro
de Zulema, dos penachos,
ah!.. y tambien el trueno gordo
que dá fin al espectáculo.

FARI. Bien, déjalo todo ahí...

NINO. Tengo que recomendaros
el trueno gordo, señor;
es un trabajo acabado:
el cohetero me lo ha dicho
añadiéndome de paso,

que entra en su composicion
todo el arte del diablo.
Culebrinas, culebrones
y serpientes y lagartos
que asustarán á Granada,
y harán en todos los ánimos
un efecto sorprendente,
admirable, sobrehumano.

FARI. Bueno, bueno, tengo prisa...
mándame cual de ordinario
el desayuno: ahora voy
á repasar varios cantos.
(*Se dirige á la mesa y se sienta*).

NINO. Lo mando por la mecánica?

FARI. Sí.
(Nino *se sienta en el sillon*).

NINO. Vaya un invento raro,
esto de dar el almuerzo
por máquina! Y es lo estraño
que imaginarme no puedo
porqué no quiere mi amo
que entre nadie, ni aun yo mismo,
cuando se halla solfeando.
Pues es buena esta mecánica:
todo se hace sin trabajo...
en un pequeño resorte
toco, tic...
(*Se abre la espalda del sillon y aparecera una mesa que se ha de colocar rodando delante de la persona sentada en él*).
y almuerzo al canto.
Luego despues, cuando ya
todo se halla despachado,
se toca otra vez, y al punto
(*La mesa entra en su sitio*).
se vá como por encanto.

FARI. No te has ido todavia?

NINO. Si señor, sí, ya me marcho.

FARINELLI. Para nadie estoy en casa.

NINO. Ah! se me habia olvidado
lo mas esencial.

FARI. Pues qué?
NINO. Un billete que me han dado
para vos.
FARI. De quién?
NINO. De un page.
FARI. De palacio?
NINO. De palacio.
FARI. Pues dámelo pronto, imbécil,
y márchate.
NINO. Como un rayo.

ESCENA III.

Farinelli.

No me equivoco... esta es letra
del rey... Vaya, el buen Fernando...
Creí que completamente
de mí se hubiera olvidado.
Ah, señores intrigantes,
no vais á llevar mal chasco!
Vuestra cuenta, sin la huéspeda
se conoce habeis echado.
(*Gil dentro*).
GIL. Bueno, corriente, ya sé
que se alberga en este cuarto
el signor de Farinelli.
FARI. Quién! (*Volviéndose*).
NINO. Se me ha forzado (*Entrando*).
la consigna, y el doctor
Gil Perez está aguardando.
FARI. El doctor aquí! Qué quiere
ese viejo del diablo?
(Nino *anunciando*)
NINO. Su permiso el doctor Gil...
GIL. Perez, imbécil! (*Entrando*).
NINO. Ca...nario. (*Vase*).

ESCENA IV.

Gil, Farinelli.

CANTO.

(Gil *haciendo muchos cumplimientos*).

GIL. Yo, querido, que vuestra desgracia
compadezco y me causa dolor,
os visito con toda eficacia.
FARI. (Ah tunante!...) Agradezco el favor.
GIL. He sentido, mi jóven maestro,
vuestra ausencia del lado del rey.
FARI. (No me engañas, que yo soy mas diestro).
Obedezco... su gusto es mi ley.
GIL. Ya sabeis que con maña y con arte,
yo su intento propuse mudar.
FARI. Si, ya sé que teneis mucha parte..
GIL. Si un favor me quisiéseis prestar...
FARI. Un favor me pedís... ¡imposible!
no comprendo... esplicaos por Dios.
GIL. A mis ruegos sereis accesible:
necesito, maestro, de vos.
Ya cesaron
las añejas
justas quejas
que ecsistian entre nos.
Mi sobrina
en el convento...
yo os presento
mi mano, aceptadla vos.
Mañana un espectáculo
el tribunal católico
prepárale al monarca
con un auto de fé.
Y vos el cantor ínclito

engendro de la música.....

FARI. ¿Quereis quemar hereges
al son de un minué?

GIL. Por desgracia tan solo se trata
de aplicar unos cuantos azotes
á una turba feroz de hugonotes
por delitos de poca entidad.
Y ya veis que al compas de la música
se daran con mejor resultado,
unas veces con aire pausado
y otras vivo, tará tarará.
(Canta golpeándose las manos).
No os parece picante la idea?

FARI. Ja, ja, ja... me parece chistosa!...
los azotes en música, es cosa
que á vos solo pudiera ocurrir.

GIL. Y pues sois un cantor tan famoso,
y al monarca agradais tanto y tanto,
os propongo empleeis vuestro canto
en funciones de tanto lucir.

FARI. ¿Y habeis pensado
que he de aceptar?

GIL. Perded cuidado,
se os pagará.

FARI. Me insultais,
caballero
y no tolero
ese baldon.

GIL. Sed mas cauto
en lo que hablais;
me llenais
de indignacion.

FARI. Yo soy libre
como el viento,
y mi acento
se alzará
donde quiera
resonando,
proclamando
libertad.

GIL. Vil herege,
en el momento
al tormento
marcharás;
y veremos
si al verdugo
le proclamas
libertad.
Ah malvado!
por tu audacia
tu desgracia
labraré.
Yo del rey
en la presencia,
tu imprudencia
contaré.

FARI. Viejo indigno
y egoista,
al artista
deja pues.
Su caracter
elevado,
no te es dado
comprender.
(Vase el doctor).

ESCENA V.

—

Farinelli.

Vestiglo, viejo fatal,
no me pude contener
y... ¿que por fuerza he de ser
sobrino de este animal?
Sí, sí, Preciosa, al momento:
y á pesar de tu prision,
yo buscaré la ocasion
de robarte del convento.

Mas cómo habré de empezar?...

Se pasea reflecsionando, y en este momento se oye por fuera un canto de iglesia.

CORO *dentro.*

Lance do quiera su brillo
sin miedo la inquisicion,
que castiga á los hereges
la muy santa inquisicion.

Se dirige á la ventana y la abre.

FARI. Es todo una procesion.
Y qué gentío! que bulla!
Santo Dios! cuánta casulla!
Capuchinos! qué feos son!
Van penitentes azules,
verdes, negros... pero... sí,
mugeres se ven allí
cubiertas con negros tules.
Esto siquiera es mejor.
Por qué no cantan?

El coro cesa y una religiosa canta sola.

PRECIOSA, *canta.*

Por los hereges
pedid á Dios,
que hoy los castiga
la inquisicion.

FARI. Dios mio!
Esa voz... yo desvarío! ..
ó es la misma de mi amor.
Sí, sí, bien lo considero;
su talle, su pié; y estar
cerca y no poderle hablar!...
Mas cómo con tanto arquero,
tanta guardia?... maldicion!...
Y se alejan con presteza...
Y qué hacer?... de mi cabeza
ganas á la inquisicion...

Mas qué importa? Sea salvada,
y lo demás Dios provéa.

Se pasea con agitacion por el cuarto y repara en la bomba que trajo Nino.

Ah! si, magnífica idea!
Venga la capa y la espada.

ESCENA VI.

Dicho y Nino.

NINO. Vengo á deciros, señor,
que aguarda una dama fuera.

FARI. En buena ocasion viniera!
Déjame en paz.

Toma la bomba que trajo Nino *y enciende la mecha en la bugia que habrá sobre la mesa.*

NINO. Uf! qué horror!

Farinelli *lanza el cohete por la ventana que cierra al instante.*

FARI. Cruja la tormenta insana.
Vase precipitadamente.

NINO. Brava determinacion!
Ha arrojado en conclusion
el trueno por la ventana.

En este momento se oye una fuerte detonacion seguida de gritos confusos y tumulto.

Justo... en medio fué á parar
(Mirando por la ventana).
del barullo del gentio..
Y cómo corren... Dios mio!...
todo se ha ido á desbandar.
Yo de este sitio no salgo...
Qué desórden tan divino!...
El general capuchino
cómo corre!... mas que un galgo.
Razon tienen los proverbios:
no puedo á un fraile mirar,
sin que me sienta atacar .

al punto de mal de nervios.

ESCENA VII.

Nino *y la* Reina *cubierta con un velo.*

REINA. Y bién; está prevenido
vuestro amo de mi presencia?

NINO. Perdon, señora, mas...

REINA. Bien, (*Sin escucharle).*
aqui esperaré á que venga.

Se sienta junto á la mesa y dice hablando consigo misma.

No queda mas esperanza:
es preciso que le vea.

ESCENA VIII.

Dichos, Farinelli *y* Preciosa *vestida de monja.* Farinelli *lleva á* Preciosa *envuelta en su capa, entrando por el fondo.*

FARI. Entra pronto.

PREC. Estoy temblando.
Ha sido gran imprudencia.

FARI. No me han podido seguir
con el tumulto; no temas,
que aqui entrambos nos hallamos
en seguridad completa.

PREC. Farinelli mio!

FARI. Inés,
un abrazo!

PREC. Y mi ecsistencia!

NINO. Señor?...

FARI. Qué quieres, imbécil?.

NINO. Que hay quien repare la escena.

Nino *le enseña la tapada que estará sin hablar.*

PREC. Una muger en tu cuarto?

FARI. No la conozco siquiera.

Se aprocsima bruscamente á la dama y dice con mal modo.

Señora, por qué motivo
os encuentro aquí?

En este momento la dama levanta su velo y deja ver el rostro á Farinelli.

La reina!!

PREC. La reina?

Esta esclamacion debe ser hecha por los dos en voz baja a fin de que no la oiga Nino *que permanecera en el fondo.*

FARI. Salid al punto. (A *Nino*).
NINO. (Aquí Misterio se encierra).
FARI. Salid os digo, salid,
y cuidad que nadie venga
á interrumpirnos: tú nada
has visto, porque la lengua
responde de tu silencio.
NINO. Será mi boca de piedra. (*Vase*).

ESCENA IX.

—

Dichos menos Nino.

FARI. Vuestra magestad aquí!
PREC. Señora, no me perdais....
REINA Perderte!....
PREC. Me perdonais?...
(*La reina amargamente*).
REINA. Y quién me perdona á mí?
Sabe pues que si con saña
te condenan á un encierro,
pronto para su destierro
saldrá la reina de España.
FARI. Proscrita!
REINA. Sí, sin respetos
á la humanidad ni á ley,
le han hecho firmar al rey,
hace poco tres decretos.

Mi destierro es el primero,
luego el de su retirada
al convento, y que sea dada
regencia al reino, el tercero.

FARI. Y así ya la torpe grey
con vil torcida intencion,
espera la abdicacion
que haga á don Felipe rey.

REINA. Qué, pensareis acaso?...

FARI. Señora, creedme á mí.
ido el monarca de aquí,
marcha su trono al ocaso.
Tiempo há sigo; á vos leal,
la torpe conspiracion
y han creido ya ocasion
de preparar el final.
Despues que han debilitado
con ayunos y artes miles
del rey el ánimo viles
de vos os le han separado.
Así el peligro evitando
de que tenga un heredero,
puede ser doble certero
el plan que vienen fraguando.
Y su idea conseguida
mientras que todo lo andan,
al rey al convento mandan
y á vos un destierro en vida.
É impacientes alimañas
al convento irán tambien
á arrancarle de su sien
el cetro de las Españas.

PREC. Pobre reina!

FARI. Situacion
es bien triste!

REINA. Mas decid...

FARI. Hoy del pueblo de Madrid
es dueña la Inquisicion.

REINA. Y qué haremos? la esperanza
perdeis vos tambien!...

FARI. Señora,
valor en mi pecho mora,
pero la mente no alcanza
un proyecto... y además
vá jugada mi cabeza,
y los frailes, mi franqueza
no perdonarán jamás.

PREC. Pues bien, reflecsiona un medio,
y sálvanos del azar.

FARI. Si se pudiese lograr
seria el único remedio,
una real conciliacion:
en circunstancias tan críticas,
haria en materias políticas
esto una revolucion.

REINA. Hace un mes intenté en vano
llegar hasta su aposento,
y siempre fustró mi intento
la policía de su hermano.

FARI. Pues bien, sin miedo á su saña,
yo, miserable bufon,
tendré la satisfaccion
de haber salvado la España.
Leed, señora, este billete.

REINA (*Lee*). «A las once, el rey irá
»á casa de su maestro
»Farinelli.» Es su letra.

FARI. El cortinage
cubre secreto pasage
que guia á su gabinete.
La vigilancia burlando
del médico y confesores,
pasa sus ratos mejores
aquí mi canto escuchando.
Es decisivo el momento.
(*Le conduce hácia la puerta de la izquierda.*)
Entrad sin mas dilacion.

REINA. Le direis...

FARI. La indignacion
que dentro del pecho siento.

Del cielo la luz me inflama:
rogad que mi voz al oir,
logre el monarca sentir,
del amor patrio le llama.
(Á *Preciosa*).
Sigue de lealtad la ley,
acompaña á tu señora.
Siento pasos... ya es la hora...
(*Suena el reloj las once*).

REINA. Mi esposo... ¡cielos! (*Entrando*).

(Farinelli *corriendo hácia la puerta derecha donde aparece el* Rey).

FARI. El rey.

ESCENA X.

—

Farinelli, *el* Rey.

(*El* rey *vestido de negro, parece fatigado y marcha con dificultad.* Farinelli *le presenta el brazo en el que se apoya ligeramente para ir al sillon*).

REY. Maestro, buen dia.

FARI. Señor...

REY. Se goza en este lugar
un tan dulce bienestar...
aquí respiro mejor.
Cuando de mi corte huido
escucho tu grato acento,
una dicha por mí siento
que quisiera no dejar.
Y alejado de su ruido
esta enfermedad decrece,
y que soy libre parece,
feliz y á mi voluntad.

FARI. Eso es fácil conseguir,
y es un pequeño placer
que podreis siempre tener
cuando quisierais venir.

REY. No sabes mi situacion!...

Me mandan huya del mundo
del claustro á lo mas profundo!
(*Con miedo*).
Me niegan la absolucion.

FARI. De ese modo, á despedirme
venís tan solo?

REY. No tal.
¿Despedirte á tí, al leal
que solo piensa en servirme?
¿A tí, á quien debo los dias
que gozó de dicha el alma,
y con tus cantos la calma
al corazon me volvias?
Eso no: me obligarán
á separarme de tí,
mas mis beneficios, sí,
do quiera te seguirán.
(*Le tiende la mano*)

FARI. Ah señor, mi buen señor...

REY. Vamos, calma tu pesar,
que no me puedo aqui estar
mucho tiempo; con dolor
de tí me separaré,
pues ellos me han prevenido
que siempre el rey ha asistido
á ver el auto de fé.
Mas quiero antes de marchar
oir tu celestial acento.

FARI. Bien, al momento, al momento:
decid lo que he de cantar.

REY. Alguna dulce balada,
triste...
(*Pronuncia estas palabras con voz desfallecida*).

FARI. Pero que teneis?
Vos, señor, palideceis!...
Cielo... su mano está helada!

REY. Oh sí, sufro mucho, mucho!
el ayuno me maltrata,
y es tan continuo, que mata
mi pobre razon.

FARI. Qué escucho!
Ayuno y maceracion,
á vos su rey? Vil ardid!
Ya de sus quejas, Madrid,
conozco tiene razon.
REY. Pues se queja?..
FARI. Como es ley:
aquí do quiera encerrado
estais del pueblo olvidado
y al pueblo se debe el rey.
Este se acuerda con gozo
de vuestra entrada triunfal,
donde una gente leal
os clamó con alborozo.
Recuerdan que vuestro porte
hechizó los corazones,
cuando con bravas legiones
hicísteis alto en la corte.
Y en su comun alegria
los nobles os aclamaron,
y por su rey os juraron
de un reino de tal valia.
Mas ¡ay de mí! que el partido
fanático que hoy impera,
no ha permitido que fuera
tan buen ensueño cumplido.
REY. ¿Y piensas que no comprendo
este miserable estado
en que me hallo postergado
dolor continuo sufriendo?
Este secreto fatal
que me aqueja noche y dia,
causa mi melancolía
y agrava en mucho mi mal.
(*Se levanta*).
Y sin embargo yo tengo
instantes que como ahora
una rabia aterradora
dentro del pecho sostengo.
Y lágrimas de dolor

vierten mis párpados rojos,
cuando reparan mis ojos
el estado de mi honor.
Y en la miserable grey
quisiera vengar mi saña,
siendo entonces para España
al par que un padre un buen rey.

(Farinelli *con entusiasmo*).

FARI. ¡Bravo, señor, sereis grande
y...

(*El* Rey *sentándose*).

REY. Pero mil dudas me asaltan..
fuerzas para ello me faltan...
¿como quieres que así mande!...
Es una carga pesada
para mis débiles brazos,
y ya con sus crudos lazos
me está cercando la nada.

FARI. Probad, señor...

REY. Es ya tarde.

(Farinelli *con brio)*.

FARI. Tarde decís, ¡vive Díos!
¿cuando lo es para ir en pos
de honor de que hacer alarde?
Mirad que desde los cielos
donde su gloria los llama.
ese sueño que os infama
contemplan vuestros abuelos.
El cilicio por la espada
cambiad, y segun la ley,
gobernad cual debe un rey
la monarquía heredada.
Las tropas á la victoria
este ha de llevar tambien,
para que ciñan su sien
los laureles de la gloria.
Que en sus páginas de oro
la historia guarda una hoja
á todo rey, do recoja
de sus glorias el tesoro.

Así las generaciones
que vienen de otras en pos,
admiran ya lo que Dios
diera sus justas sanciones.

REY. Mas...

FARI. En esta situacion
el rey se debe al vasallo;
(Con intencion).
y que debeis tambien hallo
á la reina el corazon.
(El Rey *amargamente).*

REY. La reina!... vas á pensar
se interesa en mi salud?
No es mas su solicitud
que ponerse en mi lugar.

FARI. Quien calumniara vilmente
á reina de tal valía,
ante el mundo le diria
que es un cobarde y que miente.

REY. Cómo!

FARI. Oigame su magestad,
que aunque soy pobre, señor,
de la boca del cantor
siempre salió la verdad.
Se abusa de vos vilmente;
y á convenceros llegara,
si la reina penetrara
hasta vos.

REY. Inutilmente.
Sella para siempre el labio,
porque si no, he de creer
voces que han hecho correr
de tu lealtad en agravio.

FARI. Y qué han podido deciros?
Que á la reina amo y respeto,
y que mi dicha concreto
con vuestra esposa en uniros?
Pues bien: si es eso no mas,
en voz alta lo declaro:
esa idea será el faro...

REY. Atrevido! callarás!

Encolerizado dará un puñetazo en el brazo del sillon donde está el resorte y aparecerá la mesa con un almuerzo bien servido.

Qué es esto?

FARI. Nada... (Estoy inquieto (*Confuso*)
llarelo al punto marchar).

REY. Sin duda ibas á almorzar.

FARI. Sí...

REY. Es un almuerzo completo!...

FARI. Gracias á vuestros favores,
me trato bien.

(*Descubriendo el* Rey *el plato*)

REY. Aquí hallo
una perdiz, un faisán...
es mi favorito plato.

FARI. Tambien hay aquí rabioles
á la italiana guisados.

REY. Todos gozan los placeres
de que privado me hallo!..

FARI. Mis rabioles sobre todo,
qué ricos!...

REY. No estarán malos.

FARI. Si yo me atreviera...

REY. A qué?

FARI. A proponeros probarlos.

REY. Y mi ayuno? yo no debo
comer hasta ya pasado
el medio dia.

FARI. Señor,
si las once ya sonaron.

REY. Mas ¿y el régimen prescrito
por el doctor? Me ha ordenado
una rigorosa dieta...

FARI. Señor, D. Gil es un asno,
y esa ceremonia es
tan larga que haria al caso
fuera vuestra magestad
con el brio necesario.

REY. Mira, casi estoy dispuesto
á sucumbir sin reparo

á la tentacion.

FARI. Pues bueno,
principiad.

REY. Solo lo hago
por tener alguna idea
de los guisos italianos.
(*Sirviéndole*).

FARI. Vaya, señor, rabioles.

REY. En verdad que esto es muy grato.

FARI. Aora á beber.

REY. Convenidos,
que es picante este guisado.
Viendo que Farinelli *toma una botella de vino.*
No, agua solo; yo no bebo
mas que agua.

FARI. Eso es mal sano.
Bebida tan popular
en un rey...

REY. Pero es el caso
que son tan espirituosos
nuestros vinos, y mi estado
es tan débil...

FARI. No lo impide:
el vino aquí presentado
no es español: un amigo
me lo mandó de regalo
que recoge allá en sus viñas
de Medoc...

REY. Pues bebo y callo.
Es muy rico! Siento ahora
(Farinelli *le hecha otra vez*).
un bienestar... es estraño!...
antes tan triste, tan débil,
y ahora... qué notable cambio!
Escúchame, Farinelli;
¿por qué no me cantas algo?

FARI. Con mucho gusto, señor.

REY. Un aire alegre, variado.

FARI. Una escena de mi ópera

REY. Hombre, cosas de teatro!

¿qué dirá mi confesor...

FARI. Tiempo hace que os presentaron
el teatro como infierno
y siendo los condenados
los actores; pero yo
os probaré lo contrario.

REY. Vamos, sí, no te incomodes,
oiré con gusto tu canto.

FARI. Pues al momento, señor,
cantaré del tercer acto.
Mi ópera se titula
«La conquista de Granada».

REY. Es nacional?

FARI. Si señor,
histórica.

REY. Asi me agrada.

FARI. Pero antes de que empecemos,
diré en muy breves palabras
la situacion en que están
los personages del drama.
Boabdil, el fiero Boabdil
que fué monarca en Granada,
por infames consejeros,
(como los que aquí se hallan)
precipitado, apartó
de su presencia y real casa,
á la pobre de Zulema,
su esposa, reina muy santa.
Ya de su furor llevado,
resuelto se preparaba
para firmar su sentencia
de muerte, cuando en la cámara
Zulema se le presenta
de un fiel esclavo guiada.
Vereis qué efecto! Boabdil
una mirada le lanza
terrible... y ella se acerca
y en voz suplicante esclama.

CANTO.

Boabdil, escucha
un solo instante:
tu esposa amante
viene hácia tí.
Deja que el pecho
que amante llora,
si amor implora
lo encuentre aquí.

Farinelli *con disimulo hace señas á la reina, que aparece á la puerta por donde entró.*

REY. Y el rey qué le respondió?

FARI. Todavia... nada... nada:
mas como está conmovido,
la reina se le adelanta,
y con amoroso acento
le dirige estas palabras.

CANTO.

La impía calumnia
apercibida
contra mi vida
en tí se halló.
Si hoy á tus plantas
llego amorosa,
para tu esposa
vuelva el amor.

(En este instante la reina se aprocsima al rey que lleva la mano á los ojos: bien pronto la deja caer, y la reina que está arrodillada se apodera de ella. El rey admirado se levanta bruscamente.

REY. La reina!

(*La reina en tono suplicante*).

REINA. Fernando mio!...

(*El rey la mira un instante como dudando: despues le tiende los brazos en que ella se arroja.*

REY. Oh Maria idolatrada!
Ven á mis brazos por siempre.

(*A Farinelli*).

Te doy, amigo, las gracias.

REINA. Por siempre, sí, que ya unidas
de consuno nuestras almas,
será nuestra única idea
el bienestar de la patria.
A imágen de Dios, los reyes
en su altura soberana,
deben velar por la hormiga
que penosa el grano arrastra.
No haya grandes ni pequeños:
de la ley en la balanza
todos iguales, y el rey
empuñe la justa espada.
Sí, Fernando, ruja airado
el leon de las Españas.
y al emblema de Castilla
rinda el universo párias.

FARI. Viva el rey!... Gracias al cielo
ya se ha salvado la España.

(*En este momento llaman á la puerta del fondo*).

GIL *dentro*. Abrid.

FARI. El doctor Gil Perez.

GIL *dentro*. En nombre del rey, que abran.

REY. ¿Qué significa...

FARI. Señor,
en vuestro nombre lo mandan
y es preciso obedecer.

REY. Sí, si, que abran, que abran,
porque aquí suceden cosas
que es preciso averiguarlas.
Venid, Maria, venid.

(*Conduce á la reina al lado del teatro donde está colocado el biombo y se oculta con ella, pero dando el rostro al público.*

GIL *dentro*. Ni un momento mas se tarde.
O abris, ó rompo la puerta.

FARI. Doctor, tened mas cachaza.

Abre la puerta del fondo. Gil Perez *entra y deja ver guardias armados en las galerias interiores.*

ESCENA XI.

Dichos, Gil Perez, *despues damas y caballeros de la corte.*

GIL. Cuidad de que nadie escape:
(Desde la puerta).
póngase á la entrada uno;
no se liberte ninguno,
y pobre del que se atrape.
FARI. Válgame la santa bula!
Me asustais, por vida mia!
Peligra la monarquia...
GIL. (Sí, sí, bribon, disimula).
Y bien, mi pobre maestro,
por mas que lo haya sentido,
ya veis como se ha cumplido
mi pronóstico siniestro.
FARI. No sé de qué haceis alarde.
GIL. Pues la cosa es harto llana:
de que os dige esta mañana
que saltariais esta tarde.
Es ya negocio acabado
y materia convenida:
el rey, de vuestra partida
ahora el decreto ha firmado.
Reconociendo su yerro
mis peticiones confirma,
y ved aquí con su firma
un destierro
FARI. Mi destierro!
¿Y el rey... ¡se ofusca mi mente!
no ha vacilado quizá....
GIL. Toma! toma! y firmará
todo lo que le presente.
¡Oh! yo le impongo la ley ..
mi voluntad es la suya...
su corona la cogulla... *(Se rie).*

ja... pobre rey! pobre rey!...

FARI. ¿Y si ese rey os oyera,
si su vigor recobrara,
al punto no os castigara
con mano fuerte y severa?

GIL. Ah, tal milagro no es dable
porque á este mundo renuncia:
(*Se oye un toque de campanas*).
esa campana lo anuncia...
va á ser monge.

RÉY. (Miserable!)

GIL. En este mismo momento
se habrá reunido festiva
la brillante comitiva
para llevarlo al convento.
Los domínicos le aguardan,
y con rostros penitentes
están contando impacientes
los instantes que se tardan.
¡Oh! dichoso el buen Fernando,
que vá á disfrutar tranquilo
la paz del místico asilo
que hace tiempo está anhelando.

FARI. Con que lo desea?

GIL. Sí;
y esa inclinacion piadosa
no se la debe á otra cosa
que á mis recetas y á mí.
A mí, que con la pocion
que sabeis, y mis sermones,
he logrado las pasiones
matar en su corazon.
En cuanto á vos, mucho siento
el teneros que prender
pero es fuerza obedecer.
Comandante, en el momento
proceded á la prision.

FARI. ¿Y qué causa ha motivado...

GIL. Por haber sido acusado
de crimen de alta traicion.

(*Farinelli con fuego*).

FARI. Esto es indigno, traidor!...
si mi voz el rey oyera...
(*El rey hace un movimiento, la reina le detiene*).
á sus plantas le digera...
Dad un decreto, señor,
mandando que de la España
salga al punto el consejero
que con intrigas, artero
os seduce y os engaña.
Castigad tanta maldad
despreciando al fanatismo,
y al pueblo del heroismo
dadle solo libertad.

Durante las anteriores palabras se vé al rey escribir detras del biombo.

GIL *riendo.* Vaya que estais majadero!...
Abrigar tal pretension
siento tan solo un bufon...

El rey apartando el biombo sale apresuradamente.

REY. Os engañais, caballero.

GIL. El rey!! me perdí!! Dios mio!!!

Movimiento general: todos se descubren, y entran las damas, caballeros y pages, dejando ver en el fondo los soldados presentando las armas.

REY. Farinelli, tu lealtad
premia nuestra magestad.
y todo de tí lo fio.
Destruiste los amaños
de gente á el honor estraña:
más has hecho por la España
que nosotros en diez años.
Desde hoy la resolucion
tomamos de gobernar
dignamente, sin hollar
la gloria de esta nacion.
Tú, de los fieles espejo,
y de la justicia amante,
tendrás de hoy en adelante
asiento en nuestro consejo.

Y vos, doctor, de maldades
y de viles instrumento,
mereceis un escarmiento,
asombro de las edades.

GIL. Señor.

REY. Basta.

GIL. Por piedad...

REY. No, todo está descubierto:
ya mis ojos se han abierto
á la luz de la verdad.
Don Cárlos Broschi...

FARI. Señor...

REY. Vos sereis desde este instante
nuestro servidor constante
y nuestro amigo mejor.
Aprocsimaos.

(*Se quita la cruz de Calatrava y la dá á la Reina.*

REINA. De rodillas.
Por su gratitud inmensa,
quiere daros recompensa
el rey de las dos Castillas.

GIL. Esto solo me faltaba.

REINA. Y pues sois fiel y sincero,
os nombramos caballero
de la orden de Calatrava.

Le hecha al cuello la cruz del Rey.

FARI. Señor, esto es demasiado.

REY. Que contraorden se dé
para que el auto de fé
quede al punto derogado.

FARI. Ola, ya no quiere frailes.

REY. Mañana hay caza real,
banquete y baile.

FARI. Qué tal? (*Al doctor*).
apruebo lo de los bailes.

REY. Para dar prueba acabada
que las artes protegemos,
la reina y yo asistiremos
hoy al sitio de Granada.
Estás contento? (A *Farinelli*).

FARI. Señor
de gratitud trasportado
estoy loco, entusiasmado
con tanto y tanto favor.

GIL. Y yo tambien...

Preciosa *que sale del gabinete se aprocsima al doctor y le dice.*

PREC. Vamos, tio,
no templeis tanto, por Dios,
que yo abogaré por vos
y alcanzar mucho confio.

GIL. ¡Me he salvado! En conclusion
serás suya.
A*cercándose con misterio á* Farinelli.
Caballero,
decidme, ¿sois hechicero?

FARI. No, solamente un bufon.
Atendiendo á vuestra ley (A*l Rey*).
seré ministro mañana:
hoy, aun tengo la voz sana,
y cantaré. (*Se dirige á todos y dice*).
Viva el rey!

TODOS. Viva!

FARINELLI *canta y el* CORO.

Ya la España rompió el denso velo
que ocultára á sus glorias el sol,
ya se eleva radiante hasta el cielo
el rugido del leon español.
Viva el rey, si es el rey justo y bueno
que merece tan fértil nacion;
viva España que encierra en su seno
de las glorias el ínclito don.

FIN DE LA ZARZUELA.

NOTAS. En el Museo de las familias, tomo 6 y bajo el epígrafe de Fernando 6.° y Farinelli, se halla una novelita suscrita por el Sr. Conde de Fabraquer, la que nos ha servido para la composicion, que precede, advirtiendo que solo es una esmerada traduccion de un vaudeville francés que tambien hemos tenido á la vista.

Si el Director que pusiere en escena esta zarzuela juzga mas oportuno que en vez de la magia del sillon, entre el almuerzo á la escena conducido por dos criados, pondrá en boca de Nino las siguientes palabras:

¿Lo mando á las once en punto
como estais acostumbrado?

Suprimiendo por lo tanto los 16 versos que siguen puestos en boca de Nino, cuidando que al tiempo que debia abrirse el sillon entren en escena los criados con el desayuno.

Los representantes de esta Galeria, son los Señores que á continuacion se espresan.

D. Antonio Cordero.	*Almeria.*
D. Juan Muro.	*Algeciras.*
D. Pablo del Pino y Mora. . .	*Aguilar de la frontera.*
D. Jose Marcili.	*Alicante.*
Sres. Llorens hermanos. . . .	*Barcelona.*
D. F Arjona.	*Cádiz.*
D. Antonio Crivell.	*Ceuta.*
D. Rafael Arroyo.	*Córdoba.*
Sres. Astudillo y Garrido. . . .	*Granada.*
D. José Salas.	*Jerez de la frontera.*
D. Francisco Delgado.	*Lorca.*
D. Manuel Romeral.	*Madrid.*
Sres. Delgados hermanos. . . .	*Idem.*
D. Fermin Guirao.	*Murcia.*
D. José Moreti.	*Ronda.*
D. Juan Antonio Fé.	*Sevilla.*
D. Eusebio Garcia Ochoa. . . .	*Toledo.*
D. José M. Laso de la Vega. . .	*Velez-Málaga.*

En los demás puntos del reino cobrará el derecho de representacion, los Sres. representantes de la Galeria Dramática de los Señores Delgado Hermanos y en los puntos subalternos se dirigirán las empresas á los representantes de provincia.

